

Prospección arqueológica  
en la Dehesa de Villargordo  
(Villafranca de los Barros, SW de España).  
La documentación de una posible  
choza ganadera usada entre el periodo  
romano y la Alta Edad Media

*Archaeological survey  
in Dehesa de Villargordo  
(Villafranca de los Barros, SW Spain).  
The record of a possible cattle  
hut used between the roman period  
and the Early Middle Ages*

---

**LUIS-GETHSEMANÍ PÉREZ-AGUILAR**

Contratado postdoctoral Juan de la Cierva-Formación.

Instituto de Arqueología de Mérida  
(CSIC-Junta de Extremadura).

E-mail: [Lgpa@iam.csic.es](mailto:Lgpa@iam.csic.es)

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0002-6732-5753>

**DAVID GORDILLO-SALGUERO**

Doctor en Historia Antigua.

Universidad de Salamanca.

E-mail: [Davidgs@usal.es](mailto:Davidgs@usal.es)

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0003-3593-6696>

**PALOMA CABALLERO-MÁRQUEZ**

Graduada en Arqueología.

E-mail: [Palomacaballeromarquez@gmail.com](mailto:Palomacaballeromarquez@gmail.com)

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-8269-8067>

RECIBIDO: 3 DE DICIEMBRE DE 2021

ACEPTADO: 30 DE MAYO DE 2022

**ANDREA GIL-LLORENTE**

Técnica de Apoyo Programa Garantía Juvenil.

Instituto de Arqueología de Mérida  
(CSIC-Junta de Extremadura).

E-mail: [andrea.gil@iam.csic.es](mailto:andrea.gil@iam.csic.es)

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0002-9944-2348>

**VALVANERA NIETO-DOMÍNGUEZ**

Graduada en Historia del Arte y Patrimonio  
Histórico-Artístico.

E-mail: [Nietodominguezvalvanera@gmail.com](mailto:Nietodominguezvalvanera@gmail.com)

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0002-3437-7135>

**Resumen:** En este trabajo presentamos los resultados de la documentación, mediante prospección arqueológica superficial intensiva, de una posible choza ganadera localizada en la Dehesa de Villargordo (Villafranca de los Barros, Badajoz). Este hábitat debió depender del cercano asentamiento de Villargordo que, situado en un cerro al otro lado del arroyo de Bonhabal y junto a la Vía de la Plata, estaría controlando y explotando a nivel pecuario esta zona de dehesa entre el Alto Imperio Romano y la Alta Edad Media. Gracias a los datos recabados se ha podido efectuar un análisis espacial de densidad de núcleo para concretar la localización de la choza dentro del espacio de la extinta dehesa, permitiendo además este análisis valorar la tasa de desplazamiento lateral de materiales arqueológicos derivada de la acción del arado agrícola, así como discriminar los artefactos por grupos funcionales y por cronología. Todo ello, junto al estudio de los materiales diagnósticos y a una aproximación histórica a las transformaciones del paisaje, nos ha ayudado a interpretar el sitio documentado a nivel cronológico, funcional y económico.

**Palabras Clave:** Prospección intensiva; Muestreo por *waypoints*; Choza ganadera; Época romana; Antigüedad Tardía; Periodo paleoandalusí.

**Abstract:** In this paper we present the results of the documentation of a possible cattle hut located in Dehesa de Villargordo (Villafranca de los Barros, SW Spain) by an intensive archaeological survey. This site must have depended on the nearby settlement of Villargordo which, from a hill on the other hand of the Bonhabal stream and next to the Via de la Plata, would be controlling and exploiting this area of wooded pastureland between the High Roman Empire and the Early Middle Ages. The archaeological data obtained from our fieldwork has allowed us to carry out a kernel density estimation to specify the location of the hut within the space of the extinct wooded pastureland. From this analysis we have been able to assess the rate of lateral displacement of artifacts caused by the action of the agricultural plow. Furthermore we have been able to discriminate artifacts by chronological and functional groups. These analyzes, combined with the study of diagnostic artifacts and with a historical approach to the transformations of the landscape, has allowed us to interpret the archaeological site at a chronological, functional and economic level.

**Keywords:** Intensive survey; Waypoints sampling; Cattle hut; Roman period; Late Antiquity; Spanish paleoislamic period.

## INTRODUCCIÓN

EN junio de 2020 se inició una campaña de prospecciones arqueológicas en la parte central de la comarca extremeña de Tierra de Barros (Badajoz), más exactamente en torno al tramo de la Vía de la Plata que, de norte a sur, atraviesa los términos municipales de Torremejía, Almendralejo, Villafranca de los Barros y Fuente del Maestre (Figura 1).

El objetivo principal de este proyecto –todavía en curso– se centra en el análisis evolutivo del poblamiento en la citada comarca desde la irrupción de la presencia romana hasta la Alta Edad Media. La Vía de la Plata (*Item ab Ostio Fluminis Anae Emeritam*), como principal eje de comunicaciones de la zona (Montalvo y Cerrillo, 2008), constituyó un claro elemento articulador del poblamiento humano en la Antigüedad (Cordero, 2019: 480). Por esta razón el esfuerzo en la investigación y en el trabajo de campo se han centrado en el entorno de esta ruta a su paso por Tierra de Barros. Del mismo modo se trata de comprender las transformaciones experimentadas en el paisaje a lo largo del tiempo, así como indagar sobre las bases económicas que sustentaron a las distintas

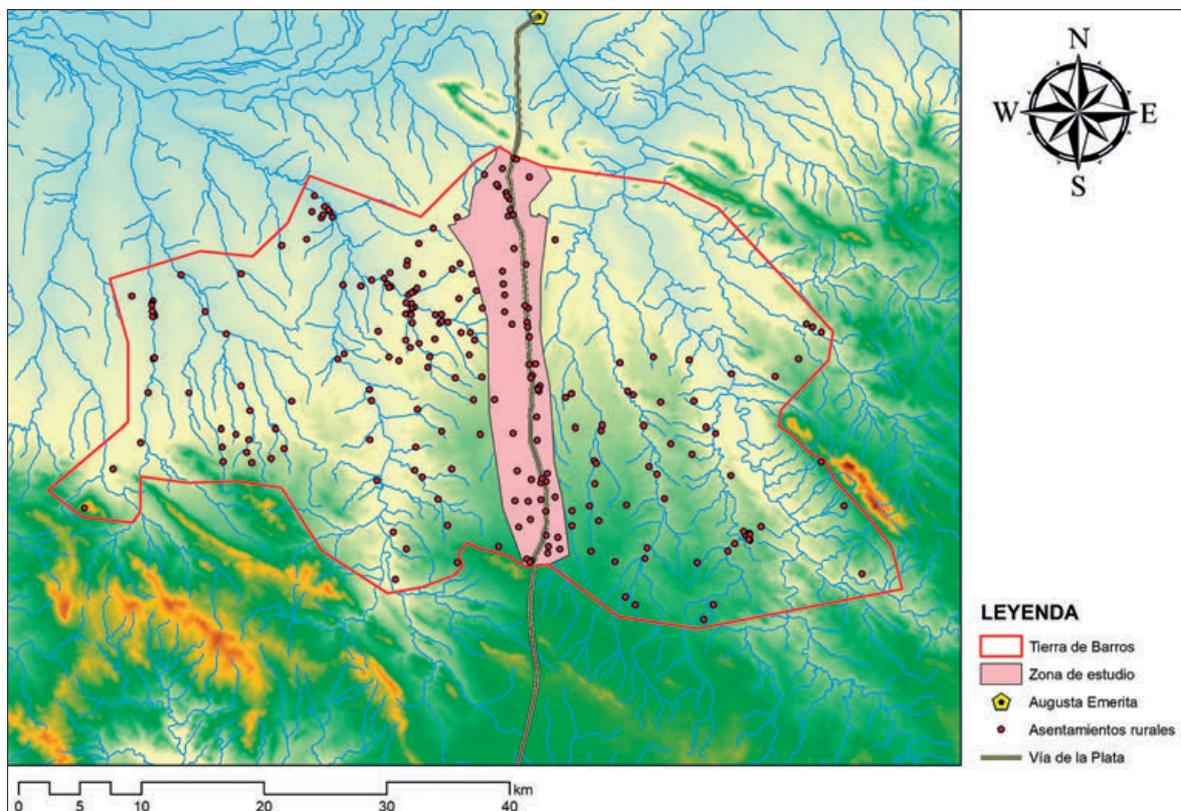


Figura 1

Localización de la zona de estudio de la campaña de prospección arqueológica superficial en Tierra de Barros (Extremadura, SW de España). La información geoespacial de los yacimientos arqueológicos se ha obtenido de Rodríguez (1986) y de la CAE (2020)

poblaciones estudiadas mediante el análisis de la «cultura arqueológica»<sup>1</sup> y a través de una aproximación a la interrelación existente entre los asentamientos y el medio.

No sólo se pretende tener una visión evolutiva extensiva –a escala macroterritorial– sobre la densidad de ocupación de la zona; también se están documentando de forma intensiva determinados asentamientos claves que se han seleccionado para comprender la fisionomía, la funcionalidad y la evolución interna de los mismos. Este es el caso del asentamiento de Villargordo (Villafranca de los Barros) y de su entorno inmediato. En relación con este sitio, se ha prospectado el paraje denominado Dehesa de Villargordo, donde se ha documentado un pequeño yacimiento arqueológico que pudo corresponderse funcionalmente con una choza para la explotación ganadera del lugar.

En este trabajo abordaremos el estudio que hemos realizado de este sitio pecuario de la Dehesa de Villargordo desde las coordenadas de la arqueología del paisaje, guiándonos por criterios técnicos y metodológicos poco invasivos o destructivos, caso de la prospección arqueológica superficial o pedestre. Para abordar este yacimiento arqueológico iremos de lo general hacia lo particular. En primer lugar anotaremos una serie de características geográficas e histórico-arqueológicas de la comarca de la que forma parte. Posteriormente analizaremos el asentamiento principal del que debió depender en términos funcionales –Villargordo– para luego tratar el yacimiento que hemos denominado Dehesa de Villargordo.

## 1. CONTEXTOS GEOGRÁFICO E HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICO

La comarca extremeña de Tierra de Barros se sitúa al sur del valle medio del río Guadiana (Figura 2), quedando encajada en sus límites septentrional, meridional y oriental por una serie de pequeñas sierras (Sierras de San Serván, Grande de Hornachos, de San Jorge, de la Calera, etc.). Su límite occidental es topográficamente más difuso, transitando hacia los Llanos de Olivenza y las Tierras de Badajoz. Tierra de Barros forma parte de la denominada Penillanura Extremeña, tratándose de un paisaje relativamente llano y uniforme, con tierras arcillosas de origen terciario y cuaternario caracterizadas por un intenso color rojo oscuro y por presentar inclusiones locales de clastos calizos (Barrientos, 1990: 28-30; Villalobos, 2010; Muñoz *et al.*, 2014: 47; Pavón, 2020: 152-153). Hoy por hoy predomina mayoritariamente el cultivo de la vid en la zona, mientras que los campos de olivar y de cereal son minoritarios. Sin embargo, esta realidad agrícola es el culmen de un proceso histórico-económico que se desarrolló entre los siglos XV/XVI y la primera mitad del XX, siendo el paisaje económico de la comarca en el pasado muy distinto al actual, como luego se verá (cf. López Sáez *et al.*, 2007; Bernal, 1998: 220-232; Bernal, 2012-2013).

---

<sup>1</sup> Sobre el concepto de «cultura arqueológica» como crítica materialista al binomio de «cultura material/inmaterial» véase Pérez-Aguilar (2021a: 123-126).

A nivel hidrológico tenemos dos ríos que vierten al Guadiana, el Matachel y el Guadajira. Pero lo que más caracteriza a la comarca es la existencia de múltiples arroyadas y afluentes menores de carácter estacional (arroyos del Harnina, del Tripero, Bonhabal, Valdemede, de Entrín Verde, etc.), pues suelen estar secos o llevar escasa agua durante buena parte del año (Rodríguez, 1986: 33-35). No obstante, la comarca es rica en agua subterránea (Rodríguez, 1986: 33; Peco, 2012: 418), aunque en tiempos pretéritos el acceso al acuífero no debió ser tarea fácil, al localizarse por lo general a unos 30-50 m de profundidad, salvo en determinados puntos. A esto debemos sumar que, al menos en la actualidad, la comarca se caracteriza por un clima mediterráneo con matiz semiárido (Barrientos, 1990: 44-45), siendo una de las zonas de Extremadura que menos lluvia registra, con un promedio anual que ronda los 400-500 mm (García y Mateos, 2010a: 29-31; García y Mateos, 2010b: 91).

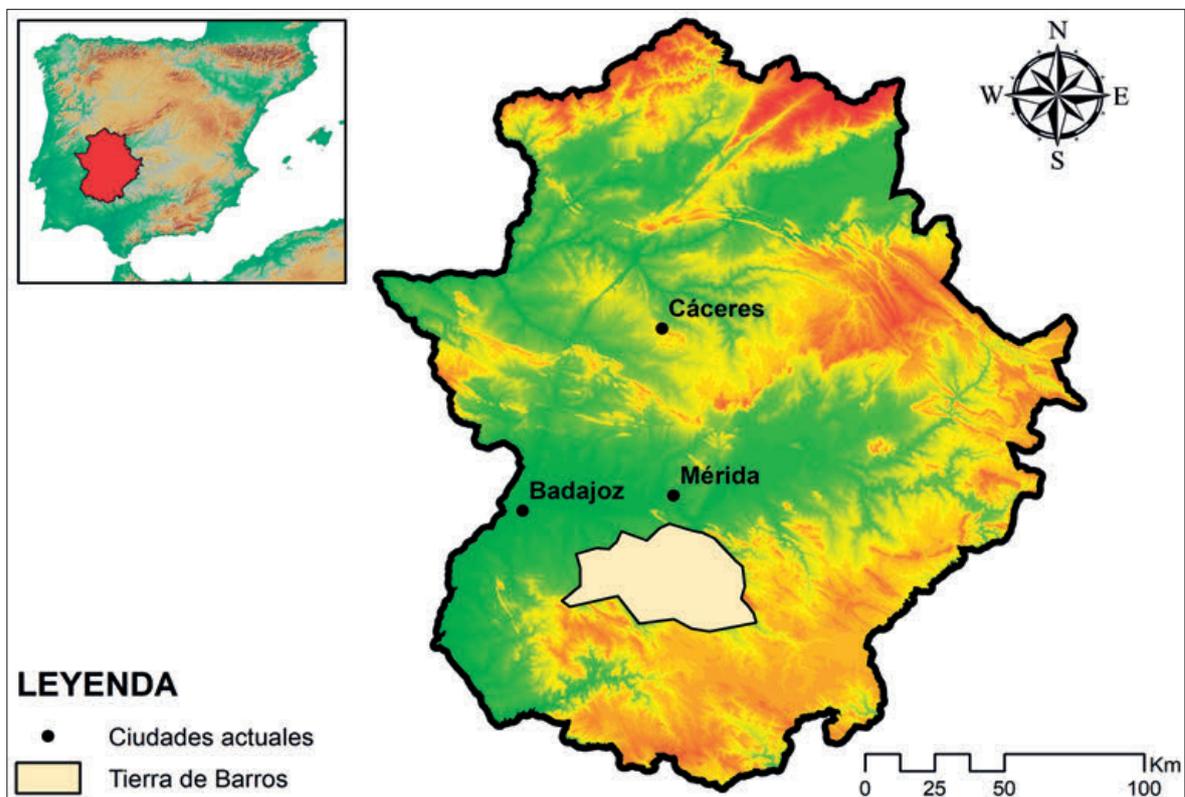


Figura 2  
Localización de la comarca extremeña de Tierra de Barros

Las evidencias arqueológicas de época paleolítica son escasas y mal conocidas, al responder a hallazgos casuales o pertenecer a colecciones particulares. No obstante, estarían atestiguando la presencia en la zona de comunidades de cazadores-recolectores. El registro de asentamientos neolíticos es igualmente pobre y dudoso (cf. Rodríguez, 1986: 43-51 y 55-57; Hurtado y Mondéjar, 2009: 201; Sánchez, 2014: 745-764; Sánchez, 2015a: 231-239; CAE, 2020).

Para el Calcolítico se evidencia un notable aumento del promedio de ocupación del territorio por asentamientos humanos (Figura 3.1.), pudiéndose correlacionar este crecimiento con la implantación efectiva de un modo de vida agropecuario y sedentario, y todo lo que ello implica en términos demográficos y socioculturales (cf. Rodríguez, 1986: 61-85; Hurtado y Mondéjar, 2009; CAE, 2020; Pavón, 2020: 156-161 y 164-165), pero también debido a unas condiciones climáticas más o menos benignas para la actividad agropecuaria (Pérez-Aguilar *et al.*, 2022: 49-50). Si bien en ciertas zonas de Extremadura el adhesionamiento del bosque mediterráneo parece iniciarse en el Neolítico (López Sáez *et al.*, 2007), los datos apuntan hacia un aceleramiento del proceso en la Edad del Cobre y del Bronce en consonancia con las transformaciones del clima y las actividades económicas humanas, entre las que la ganadería y la explotación del bosque fue adquiriendo una notable importancia (cf. Hurtado y García Sanjuán, 1994: 105; Duque, 2004: 558-559).

Para la Edad del Bronce Antiguo/Medio se detecta un acusado descenso del número de asentamientos respecto a la Edad del Cobre (Rodríguez, 1986: 89-96; CAE, 2020; Pavón, 2020: 161-163), fenómeno que resulta ser generalizado en prácticamente todo el SW de la península ibérica, y que ha sido relacionado con el evento climático denominado 4.2 ka cal BP, caracterizado en el sur peninsular por su extrema aridez (cf. García Rivero y Escacena, 2015; Escacena, 2018; Hinz *et al.*, 2019; Schirmmacher *et al.*, 2019). Esta situación debió acarrear importantes sequías en Tierra de Barros, una zona de alta sensibilidad hídrica debido a la escasez general de agua; tal circunstancia debió afectar seriamente a los modos de vida de las poblaciones del interior de la comarca, emplazadas en torno a arroyos que debieron ver mermados sus caudales, abandonándose por ello una gran cantidad de poblados agrícolas (Pérez-Aguilar *et al.*, 2022: 50-52). En razón de ello, en el Bronce Antiguo/Medio se generó un nuevo patrón de asentamiento, con una baja densidad de sitios caracterizados por localizarse en altura en zonas ya periféricas de la comarca, donde cierta variedad de recursos tal vez permitió diversificar la economía, quizás menos dependiente de la agricultura, con un peso mayor del pastoreo y la explotación forestal (cf. Chapman, 2008: 243-246; Escacena, 2018: 83-84 y 87-88; Pavón y Duque, 2014: 42 y 51-54). También algunos sitios parecen situarse alrededor de un incipiente eje de comunicación que, con orientación N-S, terminaría cristalizando en la Vía de la Plata (Figura 3.2.) (Almagro-Gorbea, 2005: 39-40; Almagro-Gorbea, 2008: 33-34).

En Tierra de Barros, esta tendencia a la baja y dicho patrón de asentamiento se mantuvo más o menos constante durante la Protohistoria y el periodo romano republicano (Figura 3.2.) (cf. Rodríguez, 1986: 99-112; CAE, 2020; Pavón, 2020: 161-162 y 166-169) pese a que las condiciones climáticas se tornaron más benignas para el desarrollo de una economía basada en la agricultura (cf. Hinz *et al.*, 2019: 16; Pérez-Aguilar *et al.*, 2022: 52-53). La hipótesis que barajamos es que, quizás, las presiones selectivas que actuaron sobre las poblaciones de la zona en la Edad del Bronce conformaron un

PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA EN LA DEHESA DE VILLARGORDO  
(VILLAFRANCA DE LOS BARROS, SW DE ESPAÑA). LA DOCUMENTACIÓN DE UNA POSIBLE  
CHOZA GANADERA USADA ENTRE EL PERIODO ROMANO Y LA ALTA EDAD MEDIA

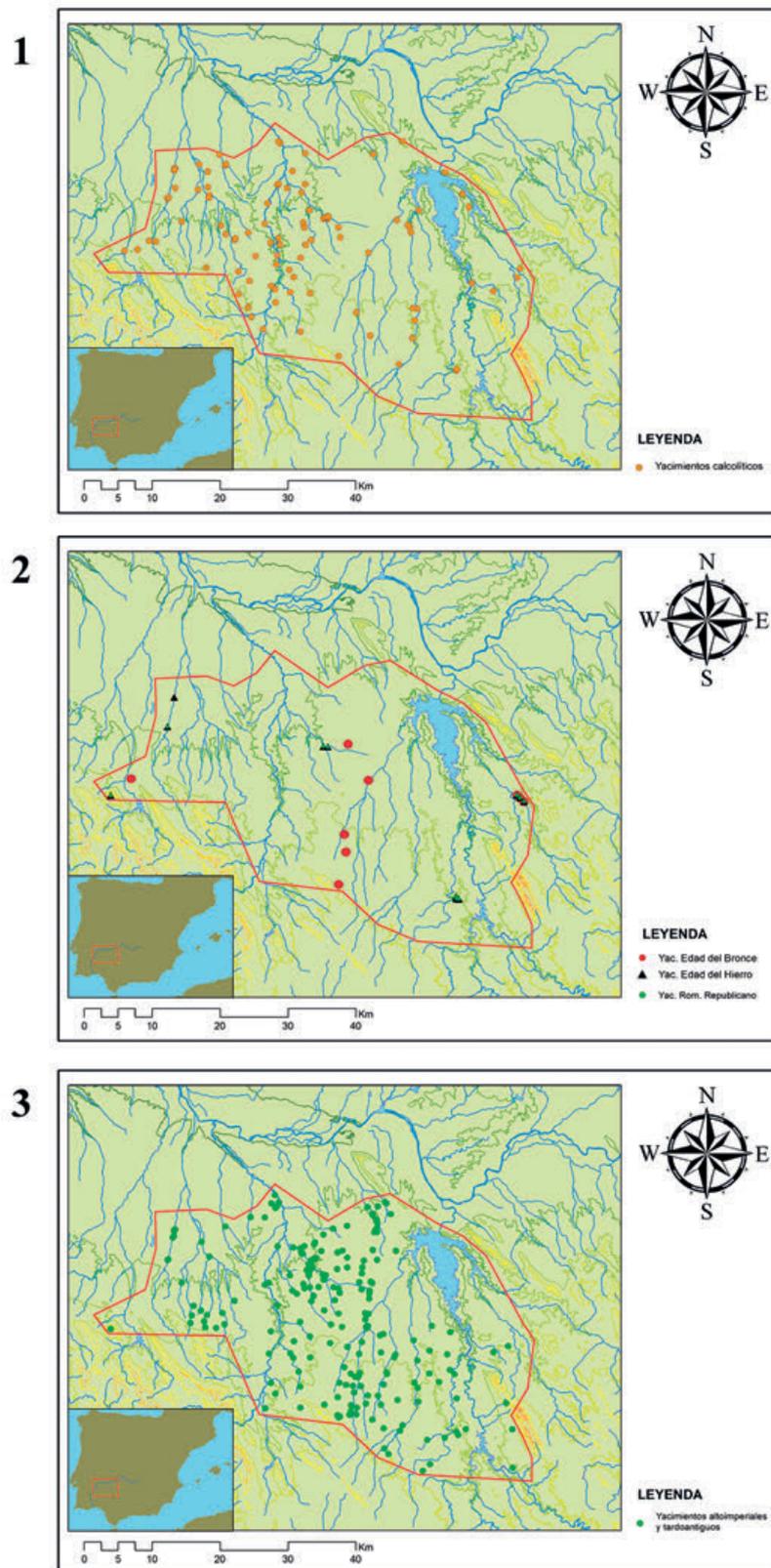


Figura 3

Evolución del poblamiento humano en la comarca de Tierra de Barros entre la Edad del Cobre y el periodo romano. La información geoespacial de los yacimientos arqueológicos se ha obtenido de Rodríguez (1986) y de la CAE (2020)

nicho ecológico que no fue alterado hasta que el Estado romano impulsó un nuevo modo de vida a partir de la colonización agrícola de la comarca, conformándose ante esta iniciativa un nuevo nicho ecológico<sup>2</sup>.

En el cambio de era se fundó la ciudad romana de *Augusta Emerita*, pasando a formar parte nuestra zona de estudio de su pértica colonial (Gorges, 1982: 101-110; Sillières, 1982: 437-438; Ariño y Gurt, 1992: 52-55; Ariño *et al.*, 2004: 138-154; Cordero, 2013). El reparto de lotes de tierra entre colonos hizo que terminara creándose una importante red de asentamientos rurales volcados a la explotación agropecuaria del entorno a partir del siglo I d. C. (Figura 3.3.) (Rodríguez, 1986: 115-197; Cordero, 2013 y 2019; CAE, 2020).

Hasta hace poco, resultaba complicado valorar la evolución de este poblamiento rural en época romana a nivel de siglos. Pese al elevado número de asentamientos conocidos, la pobreza descriptiva de su materialidad en la bibliografía existente impedía afinar más las cronologías (Rodríguez, 1986: 115-186; CAE, 2020). Sin embargo, nuestra intervención arqueológica en la zona de estudio está permitiendo datar con una mayor precisión un número importante de estos yacimientos, labor que debemos sumar a la revisión que T. Cordero (2013: 120-214) hizo sobre la cronología y funcionalidad de otros tantos yacimientos del *ager emeritensis*. Buena parte de tales asentamientos rurales pervivió hasta la Antigüedad Tardía (siglos III-VIII d. C.). Sin embargo, para el periodo medieval andalusí el poblamiento parece volver a experimentar una fuerte contracción en la comarca, hecho que aún estamos investigando. Al menos para la zona en la que estamos desarrollando trabajo de campo arqueológico (Figura 1), hasta la fecha hemos documentado muy pocos sitios que puedan adscribirse al horizonte cronológico del Medioevo islámico, algo que dista de lo sucedido en otras partes de la península ibérica. A modo de hipótesis, creemos que en la Edad Media pueden volver a repetirse patrones de asentamiento semejantes a los de la Edad del Bronce y la Protohistoria, es decir, con localizaciones ya periféricas y residuales, así como en lugares estratégicos en relación con los ejes de comunicación. Pero como decimos, es esta una hipótesis todavía sujeta a falsación, y que esperamos tratar en futuras investigaciones. No obstante, las razones que explicarían tal contracción podrían igualmente relacionarse con nuevas estrategias de subsistencia de las poblaciones de la comarca en consonancia con las particularidades que en la región pudo tener el clima entre la última fase de la Pequeña Edad de Hielo de la Antigüedad Tardía (*Late Antique Little Ice Age*) y el Periodo Cálido Medieval (*Medieval Warm Period*) (cf. Büntgen *et al.*, 2016; Frey, 2017; Harper, 2019). Villargordo y Dehesa de Villargordo, además de tener fases ocupacionales anteriores, forman parte de ese reducido número de yacimientos medievales que hemos podido estudiar, al haberse documentado en ellos evidencias que pueden apuntar hacia un horizonte emiral o paleoandalusí (siglos VIII-IX d. C.).

---

<sup>2</sup> El desarrollo de este modelo explicativo desbordaría con creces los objetivos de este artículo, ya que implicaría aclarar multitud de conceptos que son ajenos a la arqueología más tradicional, como p.ej. el mismo tecnicismo de «nicho ecológico». Por ello, tal modelo será abordado en profundidad en futuros trabajos. No obstante, para una síntesis sobre la teoría de construcción de nichos o de la triple herencia en arqueología véanse García Rivero (2013: 48-49) y Pérez-Aguilar (2021a: 114-118).

## 2. EL YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO DE VILLARGORDO

Uno de los sitios arqueológicos que hemos trabajado con un mayor grado de detalle es el de Villargordo, localizado a unos 9 km al norte del municipio extremeño de Villafranca de los Barros. Se emplaza sobre una suave elevación del terreno desde la que se domina la confluencia de los arroyos de Bonhabal y del Manantial, y el paso de la Vía de la Plata (Figura 4. A y B). En todo este sector actualmente predomina el viñedo. Pero llama la atención el topónimo localizado al NW del sitio –Dehesa de Villargordo–, y que apela a un entorno de antigua dehesa, en una zona llana también dedicada hoy por hoy al viñedo (Figura 5). En este paraje hemos podido documentar un pequeño yacimiento arqueológico que es el objeto de atención en este trabajo (Figura 4.C). No obstante, este sitio debió estar funcionalmente vinculado al asentamiento principal de Villargordo, de ahí que prestemos igualmente atención a este otro enclave.

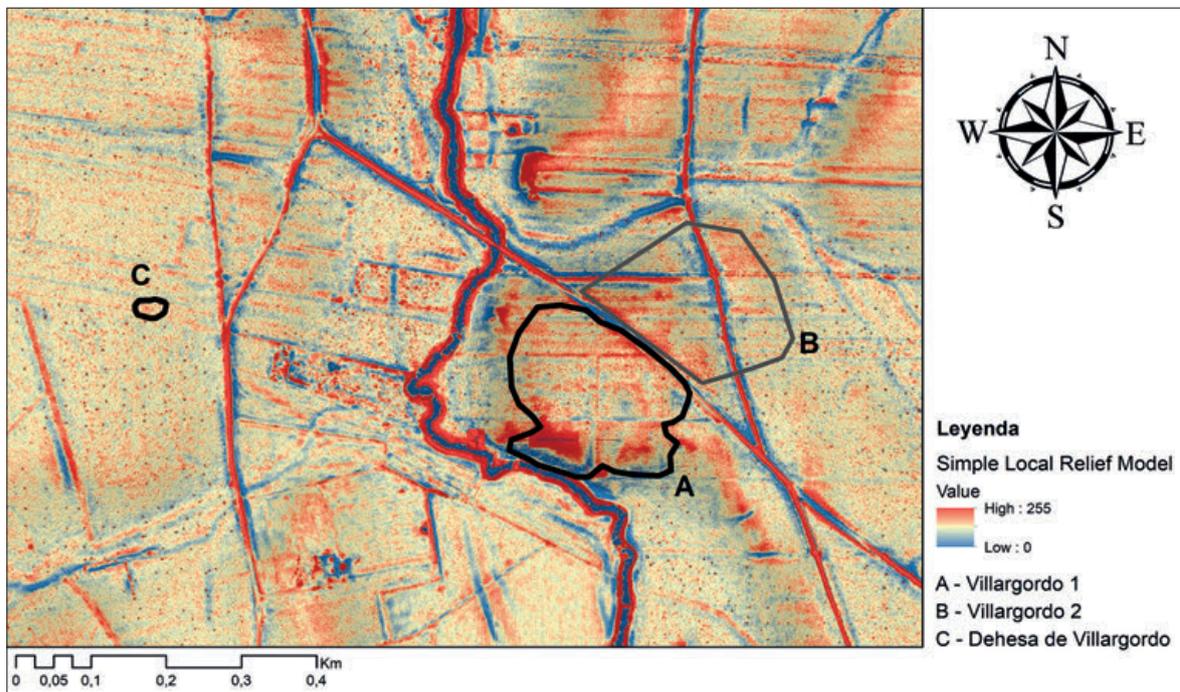


Figura 4

Modelo digital de elevación del terreno a partir de datos LiDAR (PNOA-IGN) y localización de los yacimientos arqueológicos de Villargordo (A y B) y de Dehesa de Villargordo (C)

Del yacimiento de Villargordo tenemos noticias escritas desde al menos finales del siglo XIX. F. Fita (1896a: 430) nos habla del sitio sobre la base de su correspondencia con el marqués de Monsalud, quien le mantenía informado sobre los hallazgos que hacía en el lugar. Este le menciona la existencia de muros de edificaciones, así como la gran cantidad de restos cerámicos y de materiales constructivos latericios localizados en superficie. Le habla igualmente de algunos elementos que asocia a espacios productivos, como por ejemplo un contrapeso de prensa o molinos. Tales indicios le llevan a interpretar el yacimiento como una *villa* romana, especulando sobre su

nombre a partir del topónimo actual: Villa Gordi o Villa Gordiana (cf. Abascal, 1999: 146). En relación con una excavación que el marqués hizo en el lugar, Fita (1896b: 534-535) menciona el hallazgo de una lucerna decorada con escena gladiatoria y con la estampilla GABINIA en la base.

M. C. Solano y Gálvez, V marqués de Monsalud, fue un erudito afincado en Al-mendralejo que coleccionó piezas procedentes de numerosos yacimientos del entorno, entre ellos el de Villargordo. Fita (1896c: 256) nos dice que el marqués halló en el sitio un par de «fragmentos de barro saguntino con sendas estampillas [...]»: SEIFE..FI y SEIFESTOF, que él lee como «*Sei Fest(i) of(ficina)*. Oficina de *Seyo Festo*»<sup>3</sup>. Por tanto, probablemente se traten de sellos de *terra sigillata* altoimperial del alfar de *Festus*, de la primera mitad del siglo I d. C. (cf. Bustamante, 2011: 50; Bustamante, 2013-2014: 571). También en la colección del marqués de Monsalud hay un par de piezas de *marmor* halladas por éste en Villargordo: un fragmento de capitel de pilastra y el doble epitafio de *Alfidia Capra*(tina?) y *Alfia Helpi*(s?) (CILAE 2062). La primera pieza ha sido fechada en época tardoantigua (Sánchez, 2015b: 816-817), mientras que la inscripción la datamos a principios del siglo II d. C.<sup>4</sup>, poniéndonos además sobre la pista de un posible espacio funerario asociado al asentamiento, al menos para época altoimperial.

De otro lado, al marqués le vendieron un par de inscripciones funerarias sobre *tegulae* que supuestamente procedían de Villargordo: BRAH, 46 (1905) N.ºs 4 y 5 (Monsalud, 1905), datándose la primera en época altoimperial y pasando la segunda de ellas por paleocristiana. Pero ambas piezas se han demostrado falsas. En opinión de P. Ortiz (2007: 126) la inscripción tardoantigua pudo inspirarse en la pieza original BRAH, 53 (1908), N.º 3, que el marqués adquirió como originaria de Solana de los Barros (cf. Monsalud, 1908), pero que –según Ortiz– pudo provenir realmente de Villargordo<sup>5</sup>. De ser esto cierto, el área funeraria del asentamiento pudo tener continuidad en la Antigüedad Tardía. No obstante, el mercadeo de falsificaciones que rodeó a tales piezas nos aconseja guardar cautela y dudar realmente sobre la verdadera localización del ejemplar originario (BRAH, 53, 1908, N.º 3), de ahí que de momento veamos necesario poner su atribución en cuarentena.

---

<sup>3</sup> El hallazgo de estos sellos por parte del marqués de Monsalud puede corroborarse en la carta que él mismo escribió a F. Fita el 18 de junio de 1896, y en la que le remite los calcos de tales estampillas, cuya lectura luego corregiría el eclesiástico (cf. García Iglesias, 1997: 52-55).

<sup>4</sup> En recientes trabajos este epígrafe se ha fechado en el siglo I d.C. (Pando, 2016: 563), más exactamente en la segunda mitad de dicha centuria (CILAE 2062), muy posiblemente por la sencillez del formulario y la ausencia de la invocación a los dioses Manes. Sin embargo, el análisis paleográfico nos permite apuntar más bien hacia las primeras décadas del siglo II d. C., ya que el tipo de letra no es realmente capital cuadrada, sino capital con tendencia a libraria.

<sup>5</sup> (Cruz) *Allius Bebius / famulus Dei / annus XXVII*.

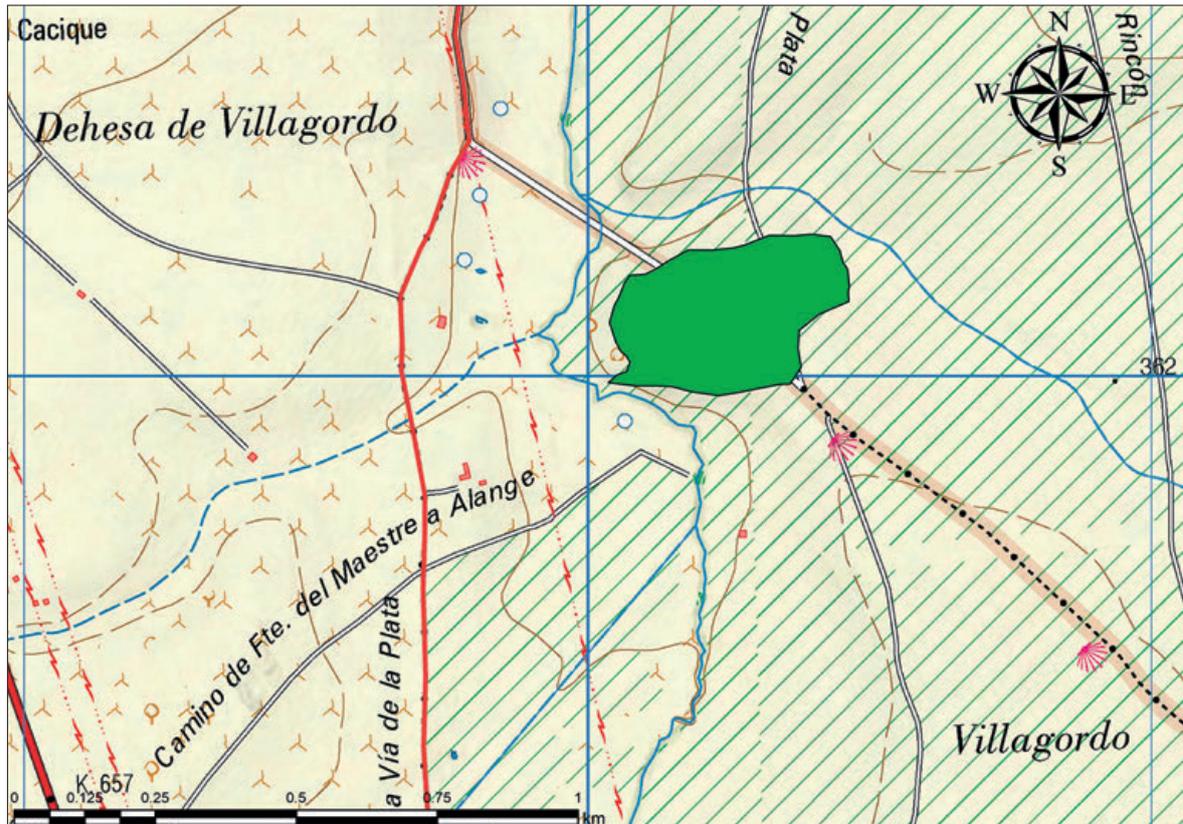


Figura 5

Mapa topográfico nacional (IGN) con la localización del yacimiento arqueológico de Villargordo y con la indicación del topónimo «Dehesa de Villargordo» al NW. En línea de color rojo se ha marcado el trazado de la Vía de la Plata

A finales del siglo XIX, el historiador villafranqués J. Cascales (1898: 77) dedicó en su tesis doctoral algunas líneas al yacimiento de Villargordo, siendo este trabajo la base de su obra *Apuntes para la Historia de Villafranca de los Barros (Badajoz)*, donde replica lo dicho para tal sitio (cf. Cascales 1904: 70). Este autor esboza la localización del yacimiento en un cerro al norte del municipio, enfatizando su gran extensión y la alta cantidad de restos apreciables en superficie. Señala que la remoción del terreno sacó a la luz estructuras que interpretó como de antiguas casas y estancias, algunas de ellas abovedadas.

Por su parte, y en relación con la discusión referente a la localización de la *mansio* de *Perceiana*, J. R. Mélida (1925-1926: 410-411) se debatiría por situarla bien en el yacimiento de Peñitas de S. Bartolomé bien en el de Villargordo, ambos en el municipio de Villafranca de los Barros<sup>6</sup>. Para Villargordo, destaca igualmente la presencia de epígrafes, limitándose a detallar los que en su momento publicaron Fita y Monsalud.

<sup>6</sup> Respecto a este debate, véase la propuesta de Rodríguez (1982: 141-145). No se trata de una aproximación que busque ser exhaustiva, pero hasta la fecha sigue siendo la más completa.

De la colección privada de M. Pidal, vecino de Villafranca, Mérida (1925-1926: 423) publica un ungüentario de vidrio de cuerpo cónico y cuello largo, así como una *ampulla*<sup>7</sup>, también de vidrio y con montura de bronce, de la que expone una fotografía (t. 3, lám. LX, n.º 946). Probablemente el ejemplar deba fecharse en época antoniniana, ya que nos recuerda formalmente a las ánforas del tipo Dressel 20 D/E (cf. Berni y García Vargas, 2012). En el año 1909 Mérida visitó el yacimiento, dando detalles sobre varias estructuras fabricadas con mampuestos, *opus caementicium* y ladrillos. Asimismo, comenta que al sur del sitio se localizaron diversas tumbas, tanto de cremación como de inhumación, de las que procedían los ajuares de la colección de Pidal (cf. Mérida, 1925-1926: 425-426).

Habrá que esperar a la década de 1980 para volver a tener estudios sobre el sitio de la mano de A. Rodríguez (1982 y 1986). Además de dar por primera vez las coordenadas de Villargordo y de ubicarlo cartográficamente, este autor da mayores detalles sobre los materiales arqueológicos que pudo documentar en el lugar, publicando varios dibujos de fragmentos cerámicos: una copa de *terra sigillata* hispánica (TSH) de la forma 24/25 y un plato de la forma 15/17; el pie de una copita de cerámica de paredes finas del tipo Mayet LIII –probablemente de los talleres emeritenses, como suele ser común en la zona–; un ejemplar de *african red slip ware* C (ARS-C) del tipo Hayes 48A<sup>8</sup>; y el borde de una olla al que hemos podido sacar un paralelo en ejemplares emeritenses (Bustamante, 2011, figura 49, n.º 14). A. Rodríguez también localizó piedras de molino, y publicó fotos de estructuras que todavía pudo ver, fabricadas en *opus incertum* y *opus signinum*. También hizo eco de piezas del lugar pertenecientes a colecciones privadas: «*Scyphus*, jarros, platos, lucernas con/sin decoración, objetos de vidrio y de metal» (Rodríguez, 1986: 145). Lo más interesante de sus datos es que, además de confirmar la existencia de un núcleo altoimperial de explotación agrícola sobre la base cronológica de tipos cerámicos concretos, permitieron ampliar un poco la datación del sitio hacia el periodo tardorromano, ya que el ejemplar de Hayes 48A se fecha entre los años 220 y 270 d. C. (Hayes, 1972: 65-67; Serrano, 2005: 239).

También en esta misma década se desarrollaron en la zona las prospecciones arqueológicas de J.-G. Gorges. Este autor francés ofrece por primera vez un dato cuantitativo sobre la extensión aproximada del yacimiento de Villargordo, que calcula en torno a las 3 ha. Detectó en superficie gran cantidad de *tegulae*, ladrillos, *laterculi*, fragmentos de mármol, teselas de mosaico de colores negro y blanco, así como fragmentos cerámicos de todo tipo. Respecto a esto último, destaca Gorges que en un par de pasadas que hicieron en el yacimiento recogieron alrededor de 200 fragmentos de cerámica fina de mesa, ofreciendo datos sobre los mismos: 5 de cerámica de paredes finas, 1 de *terra sigillata* itálica, 9 de *terra sigillata* gálica, 99 de *terra sigillata* hispánica, 29

---

<sup>7</sup> Las *ampullae* eran pequeños recipientes que se usaron como elementos de tocador para contener perfumes o aceites para la belleza (Pociña, 1988: 248-249).

<sup>8</sup> Hemos reclasificado tipológicamente este ejemplar, adscrito por el autor a la forma Lamboglia 41, una tipología actualmente en desuso en los estudios de *terra sigillata* africana o ARS.

de ARS-A, 7 de ARS-C y 16 de ARS-D, algunos de estos con decoración impresa de palmetas. Detalla que entre los fragmentos de *terra sigillata* se documentaron dos sellos con las marcas [OF] (Gorges, 1986: 231). Toda esta información redonda y se complementa con la de A. Rodríguez, permitiendo además ampliar con consistencia la ocupación del asentamiento hacia los periodos tardorromano y tardoantiguo (Cordero, 2013: 130).

Más recientemente, T. Cordero (2013: 129-130) ha efectuado una síntesis sobre los datos conocidos de este sitio arqueológico a partir de la revisión de los trabajos precedentes. A la hora de clasificar funcionalmente este asentamiento, lo hace como «*villa/vicus*», proponiendo que se trató de una *villa* altoimperial con continuidad residencial hasta el siglo V d. C. A partir de dicha centuria el núcleo pudo experimentar diversas transformaciones, convirtiéndose en un *vicus* (Cordero, 2013: 129, 303, 319 y 349). Ciertamente, la extensión de 3 ha anotada por Gorges es irreal, y se explica por la falta de medios técnicos que había en la época del investigador francés para poder hacer una aproximación más o menos fidedigna a la superficie de los yacimientos prospectados. Nuestro trabajo en la zona nos ha permitido poligonar mediante tecnología GPS el asentamiento principal de Villargordo, teniendo éste una superficie de 9.7 ha (Figuras 4 A-B y 5). En razón de ello, la propuesta de Cordero cobra verosimilitud. Si atendemos al esquema clasificatorio que varios investigadores han sugerido para interpretar los yacimientos romanos y tardoantiguos del SW de España (p.ej. Oria y García Vargas, 2007; Garrido, 2011; o Pérez-Aguilar, 2018 entre otros), la extensión máxima de Villargordo daría pie a clasificar el sitio como una aglomeración, aldea o poblado rural, ya sea desde el principio de su ocupación o en su fase final<sup>9</sup>. No obstante, la propuesta de Cordero (2013) debe ser matizada. No estamos de acuerdo con él a la hora de interpretar este sitio exactamente como un *vicus*, ya que en la consideración de los *vici* entran en juego criterios de naturaleza jurídico-administrativa que sólo son rastreables a partir de las fuentes literarias, de la epigrafía e incluso la toponimia (Garrido, 2011: 292-299; Pérez-Aguilar, 2018: 393-394 y 399), no existiendo datos objetivos para Villargordo que permitan apuntar en este sentido. En cuanto al análisis del topónimo, la voz *villar* fue empleada por los castellanos a partir del siglo XIII para hacer referencia a los restos de una «población antigua abandonada y ruinososa» (Gordon y Ruhstaller, 1991: 2003; Castilla, 2016: 583), mientras que el apelativo gordo podría tratarse simplemente de un adjetivo que, acompañando al nombre, vendría a expresar el gran tamaño del villar o la numerosa cantidad de restos. Por tanto, tampoco del análisis toponímico puede inferirse que el sitio se tratara de un *vicus*.

Sobre el papel que Villargordo pudo tener en la Tardoantigüedad también se ha pronunciado recientemente L. M. Sánchez (2015b) a partir del estudio de una serie

---

<sup>9</sup> Para este sitio hemos hecho una prospección superficial intensiva en la que se han georreferenciado todos los materiales diagnósticos datantes. Esto nos está permitiendo hacer una aproximación diacrónica a la evolución interna del asentamiento, trabajo que esperamos vea la luz en un futuro próximo a modo de artículo.

de piezas depositadas en el Museo Histórico-Etnográfico de Villafranca de los Barros (MUVI). Sobre la base de tales evidencias, este autor interpreta que entre los siglos V y VIII d. C. en Villargordo debió existir un espacio de culto cristiano con una necrópolis asociada, resultando esta realidad de las transformaciones que durante el periodo tardoantiguo debió experimentar la *villa* clásica. Aunque sugerente, creemos que esta lectura debe ponerse en cuarentena, especialmente porque la inmensa mayoría de las piezas en las que el autor apoya su interpretación son donaciones fruto del espolio sistemático de yacimientos de la zona, y existen serias dudas sobre la procedencia de la mayoría de éstas, ya que algunos donantes apuntan hacia Villargordo mientras que otros, para esas mismas piezas, apelan a otras procedencias.

### 3. LA DEHESA DE VILLARGORDO: DOCUMENTACIÓN SUPERFICIAL DE UNA POSIBLE CHOZA GANADERA

Como observamos, los estudios realizados hasta la fecha se han centrado exclusivamente en el sitio de Villargordo, y no en su entorno inmediato, más allá de apuntarse la relación que el asentamiento parece guardar con la cercana Vía de la Plata (p.ej. Fita, Monsalud, Mérida). En razón de ello, nuestra actuación en la zona ha prestado atención no sólo a la documentación intensiva de este asentamiento rural<sup>10</sup>, sino también al análisis paisajístico de sus alrededores. Esto nos ha llevado a efectuar una prospección arqueológica superficial en una zona donde la toponimia nos delataba la existencia de una antigua dehesa, hoy desaparecida (Figuras 5 y 6). En esta zona, y a unos 500-600 m al W del asentamiento de Villargordo, hemos podido documentar un pequeño yacimiento arqueológico que hemos denominado, apelando al topónimo, como Dehesa de Villargordo (Figuras 4 C y 6).

Inicialmente se prospectaron varios sectores de la antigua dehesa con una intensidad de batida intermedia, siendo la separación entre prospectores de 10-12 m aproximadamente. Cuando comenzaron a detectarse evidencias arqueológicas significativas se decidió replantear la estrategia de batida. El carácter discreto de los restos, el pequeño tamaño de lo que aparentaba ser un yacimiento y la proximidad a un camino que podía distorsionar con residuos más recientes el registro del material arqueológico antiguo, aconsejaban incrementar la intensidad de la batida para: A) Evaluar hasta qué punto estábamos ante un sitio arqueológico o no; B) Garantizar un proceso de registro

---

<sup>10</sup> De momento sólo podemos adelantar la constatación de una alta densidad de materiales constructivos y de cerámica común romana, habiendo igualmente una notable presencia de cerámica fina de mesa tanto altoimperial como tardorromana. Cabe destacar un importante número de elementos marmóreos junto a teselas de mosaico y fallos de cocción alfarera. La cerámica de almacenamiento y de transporte está igualmente presente, si bien su proporción no es alta. También hemos podido documentar una anterior fase de ocupación calcolítica en la parte más elevada del cerro; mientras que determinadas piezas de almacenamiento a torno lento podrían estar marcándonos un horizonte de época visigoda e incluso paleoandalusí.



*Figura 6*

Vistas y materiales constructivos del yacimiento arqueológico de la Dehesa de Villargordo

más riguroso; y C) Poder discriminar posibles vertidos contemporáneos. Para ello se dispuso de una separación de 1,5 a 2 m entre prospectores (Figura 7) y se tomó como unidades operativas de registro y de posterior análisis a los artefactos en sí mismos.



*Figura 7*

Separación entre prospectores durante el proceso de batida intensiva para la documentación del yacimiento arqueológico de la Dehesa de Villargordo

El proceso de documentación se ha basado en los llamados *geowaypoint* o *waypoint*. Este tipo de experiencias de registro ya ha sido puesto en práctica en el ámbito arqueológico del SW hispano, ofreciendo rigurosos resultados dentro de proyectos encaminados tanto al análisis *off-site* del territorio como a aproximaciones *on-site* de yacimientos concretos (p. ej. Mayoral *et al.*, 2009 y 2013; Amores *et al.*, 2014; Hera *et al.*, 2014; Garrido *et al.*, 2017). El sistema consiste en barrer la zona de estudio con varios GPS de mano, e ir georreferenciando los artefactos hallados en superficie, de tal forma que al final se obtenga una nube de puntos o *waypoints* que permita efectuar un estudio sobre la distribución espacial del material arqueológico y un análisis de densidad basado en el modelo de núcleo o *kernel* (Conolly y Lake, 2009: 234; Pérez-Aguilar, 2021b). La zona ha sido batida desde el *non-site* al *intra-site*, auxiliándonos para ello en la dirección que sobre el terreno marcaban las líneas de vides (Figura 7).

El grueso del material arqueológico localizado en superficie se ha documentado *in situ*, sin alterarse su disposición sobre el terreno. Con ello aseguramos el carácter de mínima invasión que debería regir a toda prospección arqueológica superficial, entendiendo que la unidad estratigráfica superficial es parte integrante del yacimiento arqueológico, y que ésta debe alterarse a nivel técnico lo menos posible tanto por razones patrimoniales como científicas ya que, de no procederse así, esto podría ir en detrimento de futuros trabajos que requieran hacerse en los sitios. Por esta razón, sólo se han recolectado materiales diagnósticos de referencia que permitan profundizar, mediante su posterior estudio en laboratorio, en la interpretación del yacimiento en términos cronológicos y funcionales.

A cada artefacto recogido en campo se le ha asignado una id. con una coordenada UTM (*datum ETRS89*) y una caracterización tipológica, cronológica y funcional básica, registrándose esta información en etiquetas que se han guardado junto al material diagnóstico en bolsas individualizadas. Para la documentación de los artefactos no recolectados se ha establecido un código de símbolos que han sido empleados en la toma de *waypoints* mediante los terminales de GPS (tabla 1).

Las condiciones de visibilidad de la superficie eran muy altas, al tratarse de un terreno llano y actualmente dedicado al viñedo. Sin embargo, el último día de prospección pudimos comprobar –ya finalizado el trabajo– que la remoción mecánica del suelo por la maquinaria agrícola reduce notablemente la visibilidad del material arqueológico superficial, la cual descendió drásticamente. Esto se debe fundamentalmente a la textura arenosa que adquiere el terreno en cuestión tras someterse al arado. En principio ello no parece haber afectado a los resultados obtenidos, ya que la prospección se ejecutó con anterioridad a tal labor y en un momento del año –principios de diciembre– en el que el terreno estaba relativamente asentado tras el temporal de lluvias. No obstante, este tipo de casuística podría evaluarse en el futuro mediante la realización de nuevas y varias prospecciones en un mismo sitio que reúna tal problemática en lo referente a la visibilidad del material arqueológico superficial, teniendo en cuenta que hacer el trabajo de campo arqueológico en diferentes estaciones del año y en momentos anteriores y posteriores al arado agrícola.

SÍMBOLOS	TIPO DE MATERIALES ARQUEOLÓGICOS
Puntos de color azul ●	Material latericio (ladrillos, téglas e ímbrices)
Puntos de color verde ●	Cerámica de almacenamiento y/o transporte
Puntos de color rojo ●	Cerámica común (de mesa y de cocina)
Triángulos de color azul ▲	Cerámica fina de mesa
Triángulos de color verde ▲	Materiales modernos y contemporáneos

Tabla 1  
Código de símbolos empleados durante la prospección en el registro  
mediante *waypoints* de los artefactos

Gracias a esta prospección intensiva hemos podido efectuar un análisis espacial de densidad de núcleo o *kernel density estimation* a partir de los materiales registrados en campo mediante *waypoints*, y que ascienden a un total de 1575 fragmentos cerámicos. Para ello hemos empleado el Sistema de Información Geográfica ArcGIS 10.0. Tanto la dispersión de los artefactos como el modelado espacial ocupan una superficie máxima aproximada de 1,6 ha. En la parte central de esta área se observa cómo la densidad de materiales se incrementa notablemente. Este foco central tiene una extensión de 0,08 ha, correspondiéndose con un pequeño yacimiento arqueológico que se emplaza a unos 90 m al W de la Vía de la Plata (Figura 8).

Del modelado espacial llama la atención cómo la dispersión de materiales fuera de este núcleo central de densidad adquiere una distribución más o menos lineal con trayectoria W-E (Figura 8), y que coincide con la dirección que la maquinaria agrícola sigue al arar el terruño. Teniendo en cuenta que el sitio se encuentra en una zona muy llana (Figuras 4C y 6), esta dispersión se debe fundamentalmente a la acción continua del arado sobre el yacimiento, que desde el núcleo del sitio es capaz de trasladar materiales con un radio de 70-80 m en el sentido de su trayectoria W-E, mientras que el desplazamiento lateral de materiales con dirección N-S es aún menor, con un radio de dispersión desde el núcleo de unos 20-40 m. Si a estos datos sumamos que, fuera de la zona donde la densidad de materiales adquiere unas cotas más altas dicha densidad decrece notablemente hacia el W y de forma progresiva hacia el E (Figura 8), tendríamos que dar la razón a estudios de hace décadas que sostenían que, en zonas agrícolas, lejos de lo que se suele pensar, la actividad del arado sobre los yacimientos no produce grandes desplazamientos laterales de los materiales arqueológicos (Roper, 1976; Dunnell y Dancey, 1983).

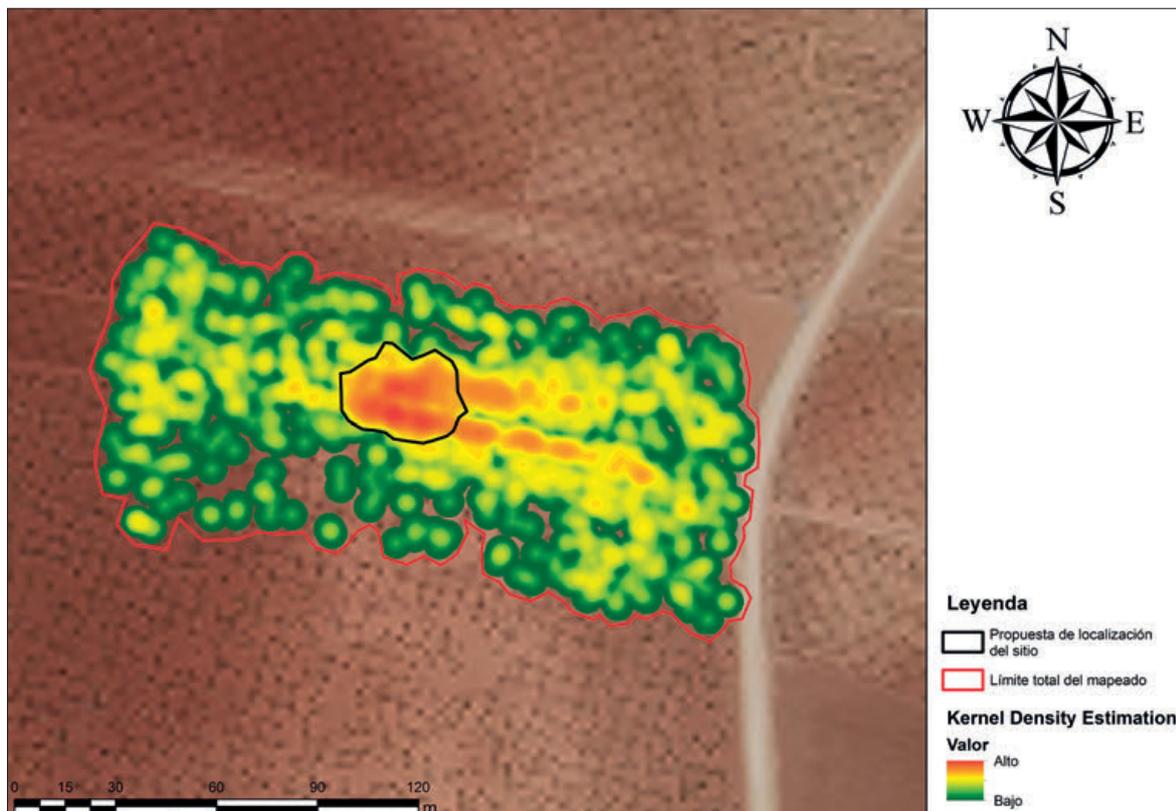


Figura 8

Mapa de densidad a partir de la distribución de artefactos en superficie en el yacimiento de Dehesa de Villargordo

Entre los materiales documentados existe un predominio del material constructivo de naturaleza latericia (ladrillos y *tegulae*) (Figura 6), representando éste el 45% de los artefactos muestreados en superficie. Por orden de importancia, a este grupo de materiales le siguen los fragmentos de cerámica común (29%) y de almacenamiento y/o transporte (22%). Por su parte, la presencia de cerámica fina de mesa en el sitio es residual (1%). Durante el trabajo de campo pudimos igualmente discriminar aquellos materiales arqueológicos más recientes, y probablemente asociados al cercano camino, si bien podrían ser igualmente residuos relacionados indirectamente con la explotación del campo en épocas moderna y contemporánea. Estos materiales son relativamente escasos, representando tan sólo un 3% del total (Figura 9).

En la zona donde hay una mayor densidad de materiales, y que correlacionamos con la localización del sitio en cuestión, observamos cómo la distribución espacial del material latericio y de la cerámica de almacenaje o transporte es más o menos uniforme u homogénea, no percibiéndose una especial concentración de estos grupos funcionales en el yacimiento. En cambio, la cerámica común –de mesa y de cocina– sí parece concentrarse más en la parte sur del sitio (Figura 10). Esto nos podría estar indicando cierta división funcional del espacio, sin que ello tenga por qué implicar

obligatoriamente una compartimentación arquitectónica interna del hábitat mediante tabicado, algo difícil o imposible de concretar mediante prospección pedestre.

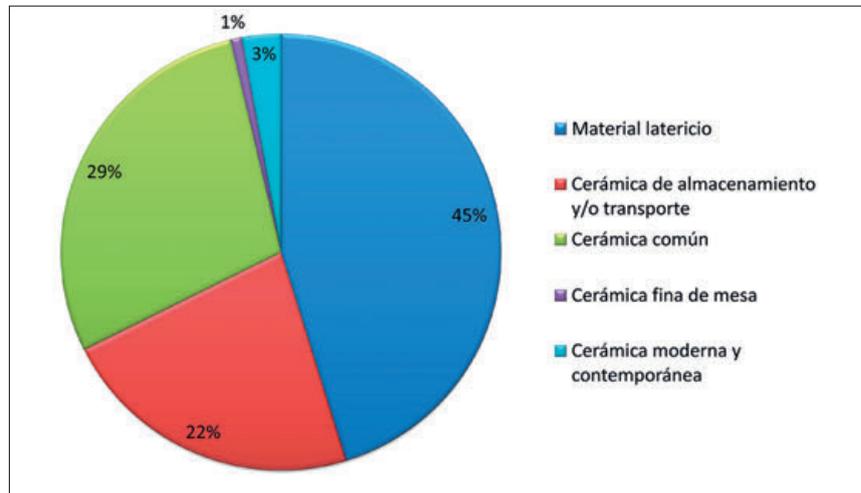


Figura 9

Porcentajes de materiales arqueológicos muestreados en el yacimiento de Dehesa de Villargordo por grupos funcionales. El total de artefactos documentados asciende a 1575 fragmentos cerámicos

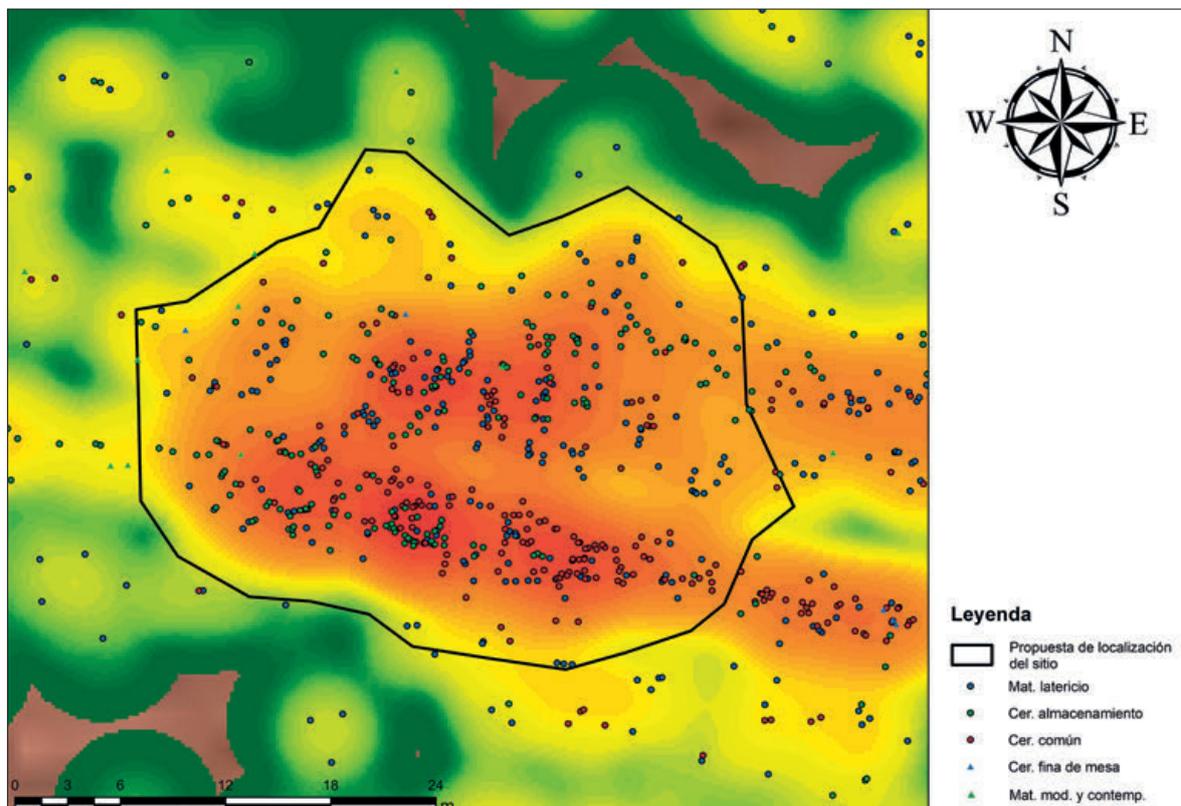


Figura 10

Distribución de materiales cerámicos por grupos funcionales en el sitio arqueológico de Dehesa de Villargordo

Entre los materiales diagnósticos hemos podido distinguir un par de platos de TSH de la forma 18 (Figuras 11. 1-2) que nos podría estar marcando una fase de uso altoimperial de este sitio (Bustamante, 2011). También se ha documentado un pequeño fragmento de asa producida en ARS-A (Figura 11. 3), y que debe corresponderse con algunas de las formas cerradas que en esta producción disponen de tales sujeciones (Hayes 126, 131, 134, 135, 138, 140, 147 ó 160). Tales tipos de cerámica africana tienden a fecharse entre finales del siglo I y comienzos del III d. C. (Hayes, 1972: 177-190; Serrano, 2005: 234-235). Junto a estos materiales de cerámica fina de mesa se han recogido varias formas de cerámica común romana, correspondientes al borde de un

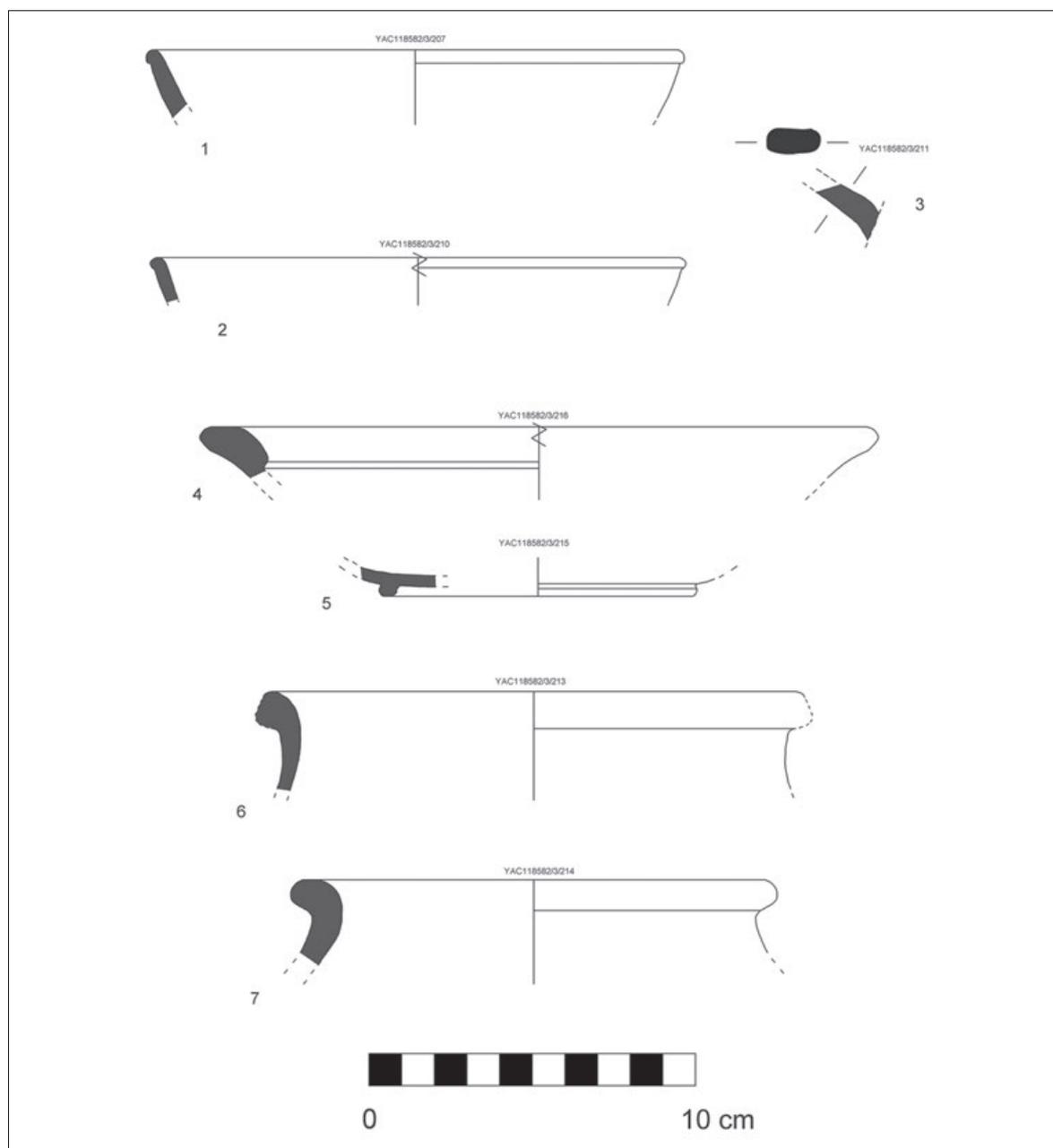


Figura 11

Cerámica fina de mesa y cerámica común romana de Dehesa de Villargordo

plato o cuenco de borde engrosado (Figura 11. 4)<sup>11</sup>, a la base de un plato o cuenco (Figura 11. 5), y a los bordes de un par de ollas (Figuras 11. 6-7)<sup>12</sup>, ejemplares que tienen una amplia cronología dentro del periodo romano.

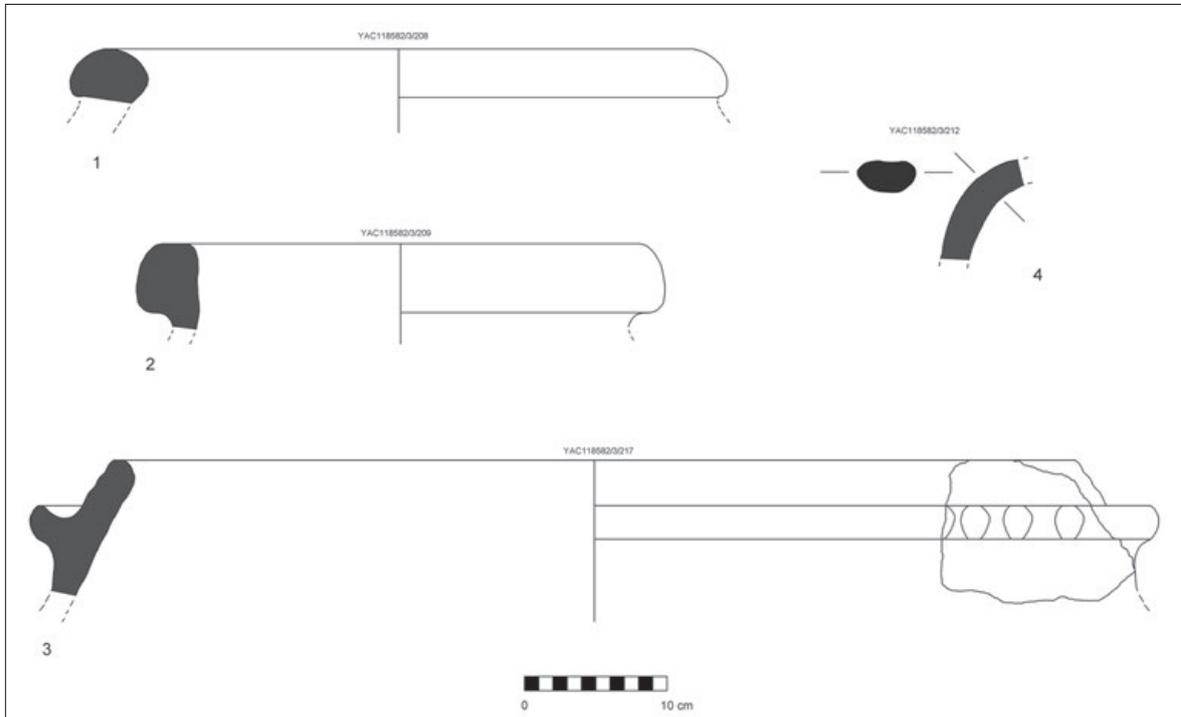


Figura 12

Cerámica de almacenamiento y/o transporte tardoantigua y paleoandalusí  
de Dehesa de Villargordo

También se han documentado varios fragmentos de contenedores elaborados con pastas groseras o toscas y a torno lento (Figura 12), y que estarían evidenciando una fase de ocupación o de uso del sitio que podría fecharse entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media (siglos VI/VII-IX d. C.). El primero de los contenedores se caracteriza por tener el borde engrosado respecto a la pared, teniendo un labio de tendencia roma (Figura 12. 1). Este tipo de ejemplares parece derivar de las formas altoimperiales y tardorromanas de *dolia* (Macias, 1999: 95-96 y láms. 26-27). Los otros dos bordes en cambio nos recuerdan a la serie de tinajas paleoandalusíes, destinadas

<sup>11</sup> Esta pieza tiene paralelos en ejemplares emeritenses del tipo Bustamante 55.6 (cf. Bustamante, 2011: 70) y en platos del tipo Vaz Pinto I-A-10 en las *villae* del entorno de São Cucufate, en Beja (Vaz Pinto, 2003: 179).

<sup>12</sup> El ejemplar de la figura 11.6 tiene paralelos en ejemplares emeritenses del tipo Bustamante 48.18, mientras que el de la figura 11.7 es semejante al tipo Bustamante 47.6 (cf. Bustamante 2011: 65-67). En el entorno de São Cucufate (Beja) hemos documentado igualmente formas de ollas muy parecidas, caso de los tipos VIII-B-2 y VIII-B-7 de Vaz Pinto respectivamente (cf. Vaz Pinto, 2003: 347-348 y 371).

a contener líquidos o sólidos (Alba y Gutiérrez Lloret, 2008: 602 y 604). El ejemplar de la figura 12. 2 tiene un borde de sección cuadrangular al que hemos encontrado paralelos en contextos de los siglos VII-IX en Torre Velha 3 (Vaqueira, 2015: 189, n.º 54) o directamente emirales en los casos de Pechina y Mérida (Alba y Gutiérrez Lloret, 2008: 604, figura 11, serie tinaja, n.º 1-2). Por su parte, la tinaja de la figura 12. 3 se caracteriza por disponer al exterior de un cordón aplicado y con decoración digitada a escasos centímetros del borde, teniendo dicho aplique cierta curvatura hacia el interior. Alba y Gutiérrez Lloret (2008: 602) señalan que en este tipo de recipientes es bastante frecuente la presencia de cordones digitados, teniendo estos tanto una función decorativa como de refuerzo de los urdidos para la unión de las partes que componen estas grandes tinajas. Sin embargo, para nuestro ejemplar cabe una tercera posibilidad, habida cuenta de su cercanía al borde y del suave levantamiento hacia el interior del cordón: que se empleara para contener un poco de agua, sirviendo ésta para proteger el contenido de la tinaja de insectos trepadores como las hormigas<sup>13</sup>. En cuanto a paralelos, el ejemplar de la Dehesa de Villargordo nos recuerda en cierto sentido a algunas tinajas emirales de Mérida (Alba y Gutiérrez Lloret, 2008: 604, figura 11, serie tinaja, n.º 3 y 5). No obstante, estos recipientes emeritenses se caracterizan por tener un labio almendrado. La sección roma de nuestro ejemplar, más simple o sencilla, nos lleva a conjeturar que tal vez se tratase de una forma algo más antigua (¿siglos VII-VIII d. C.), y de la que pudieron evolucionar los posteriores bordes almendrados de la serie de tinajas paleoandalusíes. Sin embargo, la documentación superficial de su hallazgo y la ausencia de un contexto estratigráfico concreto hacen que esto deba tomarse con cautela, tratándose de una mera hipótesis que tendrá que corroborarse o descartarse en el futuro cuando se tengan más y mejores datos sobre este asunto.

#### 4. DISCUSIÓN

El conjunto de datos recabado durante el proceso de prospección nos hace interpretar este yacimiento arqueológico como una especie de choza. Para referirse a este tipo de instalaciones rurales, los escritores grecolatinos emplean varios términos: *capanna-ae*, *tugurium-i* o *tuguriolum-i*, *casa-ae* o *casula-ae*. Como se desprende del análisis de las distintas referencias literarias, complementadas en menor medida por la evidencia epigráfica, y sin ánimo de ser exhaustivos, podemos observar que no existe una distinción clara entre estos vocablos, usados –en ocasiones– indistintamente. Véase, por ejemplo: Apul., 4, 10, 4; 4, 12, 1 (*tugurium*); 7, 26, 3 (*casa*); 7, 20, 4; 8, 15, 2; 9, 32, 2 (*casula*); 1, 23, 4 (*gurgustiolum*), entre otras. A su vez, estas referencias son utilizadas por los escritores grecolatinos durante un período de tiempo sumamente amplio, reflejando así realidades sociales y económicas diferentes entre sí que han de

---

<sup>13</sup> Agradecemos a la profesora Susana Gómez Martínez, de la Universidad de Évora, esta sugerencia.

ser tomadas en consideración. Sin embargo, y pese a esta ambigüedad terminológica, parecen advertirse una serie de matices entre los términos más frecuentes (cf. Man-  
gas *et al.*, 2013-2014). *Capanna-ae* aparece generalmente referido a construcciones de  
naturaleza temporal y efímera utilizadas por los trabajadores durante las labores agrí-  
colas estacionales: cabañas de madera y paja, y de uso breve, para el pastoreo, la siem-  
bra, la siega, la recolección, etc. (Isid., *Orig.*, 15, 12, 2). Mientras que *tugurium-i* suele  
remitir a instalaciones con una función semejante a las *capanae*, también de carácter  
precario, pero con una naturaleza más estable (Apul., *Met.*, 4, 12; Col., 9, 5, 3; Curt.,  
4, 7, 20; Liv., 42, 34, 2; Pompon., *Dig.*, 50, 16, 180; Vitruv., 2, 1, 5). En cambio, el vocablo  
*casa-ae* parece aludir a construcciones rurales más sólidas, de fábrica modesta y con  
unas dimensiones reducidas, utilizadas por los propietarios o los arrendatarios de un  
*fundus* como residencias o como instalaciones dependientes de la misma ubicadas al  
pie de las explotaciones agropecuarias (Calp. Sic., *Egl.*, 2, 60-61; Iuv., *Sat.*, 14, 167-169;  
Mart., *Epig.*, 10, 96; Plin., *Nat.*, 9, 35; Tert., *Dig.*, 30, 3; Verg., *Ecles.*, 2, 29). Por regla  
general las *casae* tienden a estar relativamente distantes de ciudades, aldeas o *villae*.  
Finalmente, encontramos un término derivado del anterior a modo de diminutivo,  
*casula-ae*. Este último es empleado con un significado similar al de *casa-ae*, resaltando,  
eso sí, el carácter modesto de las edificaciones, como se desprende de la propia for-  
mación del vocablo a partir de la adición del sufijo *-ula* (Apul., 7, 20, 4; 8, 15, 2; 9, 32,  
2; Juv., 11, 153; Petr., 46, 2). En esta ocasión, *casula* no sólo se emplea para aludir a las  
residencias de campesinos o pastores, sino también para referirse a las viviendas de  
los trabajadores dentro de una gran explotación: «*aliqua die te persuadem, ut ad villam  
venias et videas casulas nostras*» (Petr., 46, 2). Como luego se discutirá, el hecho de no  
poder discriminar con total certidumbre si la choza de la Dehesa de Villargordo de-  
pendía de la cercana villa/poblado rural de Villargordo o de otra entidad más lejana,  
impide determinar si nos encontramos ante una *casa*, *casula* o ante un *tugurium*.

Dejando el debate filológico a un lado, se trata este de un tipo de hábitat –las  
chozas– al que se le ha prestado poca atención en los trabajos de prospección arqueo-  
lógica desarrollados en el SW peninsular. Pocos han sido los autores que han expues-  
to parámetros o variables arqueográficas que permitan caracterizar este tipo de sitios  
en superficie. En este sentido, el primer investigador del que tenemos constancia fue  
M. Ponsich (1974), quien se refería a este tipo de sitios como «abrigos» en el entorno  
del Bajo Guadalquivir, destacando que solían localizarse en lugares sin acceso a fuen-  
tes, tratándose de meros chozos para guardar aperos agrícolas y para el ganado. Años  
más tardes P. Leveau *et al.* (1993) incluirían las cabañas en su tipología de yacimientos  
arqueológicos para el occidente romano, detallando únicamente que eran sitios que  
solían tener una extensión ínfima, de hasta 300 m<sup>2</sup> (= 0,03 ha).

No fue hasta bastantes años más tarde cuando P. Garrido (2011) trató de ahon-  
dar más en la caracterización arqueológica de estos pequeños yacimientos en su tesis  
doctoral, centrada en el entorno del Guadiamar. Este investigador concreta que los

chozos o cabañas tienen menos de 500 m<sup>2</sup> (= 0,05 ha), no presentando indicios de hábitat. Además, suelen detectarse en superficie gracias a la abundante frecuencia de tégulas y de escasos ladrillos, así como por una presencia moderada de ánforas y de *dolia*.

Partiendo de la base de las anteriores contribuciones, uno de los firmantes (LGPA) ha seguido profundizando en el conocimiento de este tipo de sitios en su investigación doctoral. En ella anotó una serie de rasgos generales y otros más específicos que le llevaron a distinguir tres posibles clases de chozas (Pérez-Aguilar, 2018: 401-402). En general, se trata de yacimientos con una superficie que puede definirse a nivel cuantitativo por ser inferior a 0,05 ha, o a nivel cualitativo por presentar una extensión muy pequeña. Tienen ausencia o muy baja presencia de cerámica común de mesa y de cocina, siendo además la cerámica fina de mesa testimonial o residual. Los elementos más destacables en superficie suelen ser las tégulas y ladrillos usados en su edificación, e incluso mampuestos o lajas de piedra local, siendo igualmente previsible la utilización de materiales arquitectónicos de naturaleza efímera (madera, tapial, adobe, etc.). También destaca la presencia de cerámica de almacenamiento y/o de transporte (*dolia*, ánforas, orzas o tinajas). Otro rasgo que suele caracterizar a este tipo de sitios es la dificultad a la hora de datarlos, debiéndose esto a la escasez de materiales diagnósticos que permitan afinar sus cronologías. Como decíamos, Pérez-Aguilar (2018: 402) distingue a su vez varios tipos de chozas:

- **Tipo A.** Presenta los rasgos materiales generales que ya han sido anotados *supra*. La escasa presencia de cerámica de mesa y de cocina podría hacer pensar que se tratase de una choza o cabaña destinada a ser habitada de forma más o menos permanente o semipermanente, empleándose en su edificación materiales constructivos latericios y/o de piedra local.
- **Tipo B.** Presenta también los rasgos materiales generales indicados. Sin embargo, la ausencia de cerámica de mesa y de cocina permite interpretar el sitio no como un hábitat propiamente dicho, sino como una choza o cabaña en la que guardar aperos agrícolas o algún que otro elemento relacionado con la explotación económica del entorno. Este tipo de sitios debió depender funcionalmente de alguna otra clase de asentamiento cercano, de mayores dimensiones (*villae*, poblados rurales, ciudades).
- **Tipo C.** Este tipo de chozas se caracteriza por la ausencia de materiales de construcción y por el hallazgo único de cerámica común e incluso de algún que otro fragmento de cerámica fina de mesa. Esto estaría evidenciando el carácter humilde del hábitat, en el que además debieron emplearse sobre todo materiales constructivos más perecederos –madera, adobe, tapial, ramas, cañas, etc.– (cf. Pallad., *De re rustica* 1, 13).

Sin embargo, la documentación de la choza de la Dehesa de Villargordo nos lleva ahora a matizar dicha propuesta clasificatoria. Este caso de estudio podría encajar dentro del tipo B de chozas de Pérez-Aguilar (2018), al depender muy probablemente del asentamiento de Villargordo. Su emplazamiento en una zona de antigua dehesa y junto a una importante ruta de comunicación (la Vía de la Plata), invita a pensar que la principal función de este chozo debió estar relacionada con la gestión del ganado y de los recursos aprovechables de este tipo de ecosistemas.

La nada desdeñable presencia de cerámica común de mesa y de cocina junto a la de almacenamiento (Figuras 9 y 10) nos informa que en la choza no sólo hubo necesidad de almacenar o de guardar aperos y ciertos productos agropecuarios, sino que debió ser hábitat permanente o semipermanente de algún trabajador o campesino, tal vez especializado en la gestión de la dehesa y de sus recursos. El mero hecho de que el antiguo asentamiento de Villargordo fijase habitacionalmente a algunos de sus miembros en la dehesa delata la relevancia que la actividad ganadera y forestal debió tener para este asentamiento humano –o para el propietario del lugar–, quizás en el marco de una economía local relativamente diversificada. De otro lado, el chozo presenta al menos dos claras fases de ocupación o de uso: una en época altoimperial romana y otra entre los periodos tardoantiguo y paleoandalusí. No sabemos si entre ambas fases hubo o no solución de continuidad. Pero si partimos del hecho de que en el enclave principal no parece haberla, es posible que este pequeño hábitat ganadero siguiera usándose también entre las épocas tardorromana y tardoantigua, algo que reforzaría la significancia económica que tuvieron la dehesa y sus recursos para los habitantes de Villargordo.

Aunque entendemos que la vinculación funcional entre los sitios de Villargordo y Dehesa de Villargordo es lo más probable por razones de cercanía, tampoco podemos descartar otras posibilidades. Sabemos que en la Baja Edad Media y en la Edad Moderna había vecinos de Mérida con propiedades en los extremos del término. Cuando tenían que desplazarse a sus predios con bueyes para labrarlos solían tardar aproximadamente un día en hacerlo. En razón de ello, era frecuente disponer en tales sitios de chozas o de algún otro tipo de pequeñas moradas de uso eventual (Bernal, 2012-2013: 199-200). Esto nos lleva a plantear igualmente la hipótesis de que la dehesa de este paraje fuese explotada entre los periodos romano y altomedieval desde algún asentamiento más lejano, accediéndose a la misma a través de la Vía de la Plata, de ahí la necesidad de haberse construido un chozo en el lugar. Pero como decíamos, la primera de las hipótesis manejadas es la que nos parece más probable. Quizás el poblado de Villargordo practicase una economía relativamente diversificada, con una explotación ganadera en la cercana y llana dehesa, hacia el W-NW, y tal vez con campos de labor hacia el E y el S, aprovechando tanto una topografía más adecuada para el cultivo como la cercanía de los arroyos de Bonhabal y del Manantial (cf. Bernal, 2012-2013: 206).

En relación con la existencia de esta dehesa y de su uso económico, no sólo tenemos constancia de ella a través de la toponimia y –ahora– del registro arqueológico. También la documentación escrita permite arrojar luz sobre la misma (Suárez, 1999: 309). Al menos en el siglo XIV este paraje fue una dehesa boyal que el maestro de la Orden de Santiago, Don Fadrique (gran maestro entre 1342 y 1358), dio a los vecinos de Moncovil en calidad de bien comunal para que allí pastasen sus bueyes, yeguas y ganado de labranza, a la par que elevaba a dicho núcleo a la categoría de villa y cabeza de encomienda, llamándose desde entonces Villafranca (cf. De Orozco y De la Parra, 1978 [1488]; Sánchez González, 2016: 1164). No obstante, nuestra aproximación arqueológica a la zona permite proponer su uso como dehesa con anterioridad a la Baja Edad Media.

Para finalizar, decir que entre los siglos XIV y XX el paisaje en la comarca de Tierra de Barros experimentó profundas y progresivas transformaciones, si bien de forma lenta y desigual, pero que conducirían al franco retroceso de las dehesas (Figura 13); una situación que terminó proyectando en los periodos moderno y contemporáneo uniformidad a un paisaje otrora más diverso. Con el paso del Medievo a la Edad Moderna se produjo cierto incremento demográfico en los núcleos habitados en el entorno del Guadiana Medio. Este crecimiento poblacional parece haber estimulado la transformación del paisaje rural en algunos sectores, habiendo bosques y dehesas que pasarían a roturarse para su explotación agrícola, especialmente con cereales, viñas y otros cultivos que se desarrollaban de forma radial en torno a aldeas y villas, a veces de forma discontinua y otras continua, habiendo tras estos anillos de sembrados amplias zonas de pastos, de dehesas y bosques en los que se practicaba la ganadería, actividades cinegéticas y la captación de distintos tipos de recursos (Bernal 1998: 232-240).

Esta dinámica de tala, roza y de roturación tuvo mayor incidencia en la margen derecha del río, aguas abajo de Mérida, por concentrarse en este ámbito un mayor número de núcleos poblados desde los que se proyectó el citado proceso. Al sur del Guadiana Medio esto tuvo menor impacto, predominando todavía amplios sectores de dehesa y de monte –explotados de forma privada o comunal–, y siendo la ganadería y la captación de recursos del bosque todavía actividades fundamentales para la economía de las comunidades de la zona, junto a la labranza focalizada del campo (cf. Bernal 1998: 164-188; Bernal, 2012-2013: 196, 200-201 y 206).

Las referencias históricas a la Dehesa de Villargordo en documentos escritos de finales del siglo XVI y de mediados del siglo XIX (Suárez 1999: 309) nos llevan a pensar que su desaparición fue mucho más tardía. Sabemos que en 1808 la Junta Suprema de Extremadura ordenó a los ayuntamientos el reparto de un tercio de las dehesas existentes en sus municipios para que fuesen roturadas y explotadas por los agricultores de las respectivas localidades. Inicialmente hubo ciertas reticencias por parte de sus propietarios, generándose ante ello tensiones en los pueblos entre las

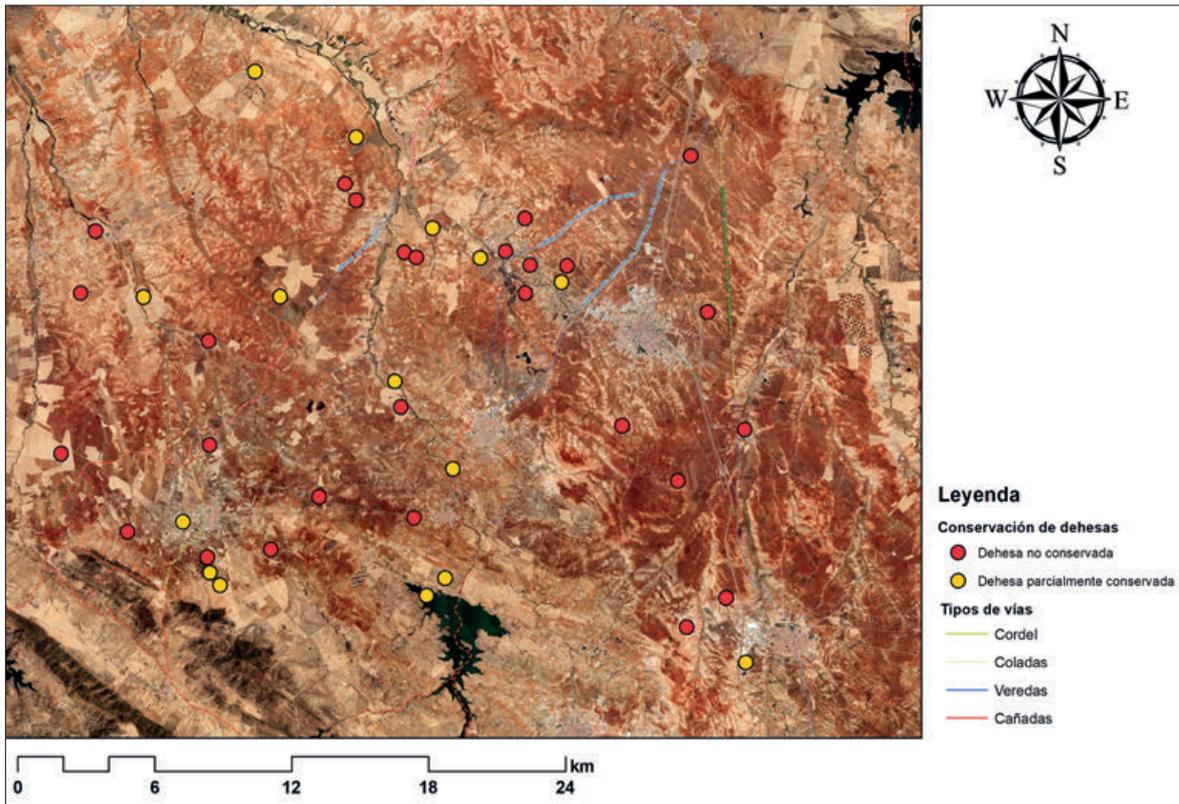


Figura 13

Mapa sobre el retroceso del paisaje de dehesa en la comarca de Tierra de Barros a partir del análisis de la toponimia y de la documentación escrita. Los datos referentes a la toponimia histórica se han obtenido a partir de Suárez (1999)

partes interesadas. Ante tal clima de discusiones, la Junta Suprema terminaría mandando una orden circular a las justicias de las cabezas de partido para que no impidiesen los repartos de las dehesas entre los vecinos y la roturación y puesta en cultivo de las mismas (Sarmiento, 2015: 1187). Es posible que fuese en este contexto cuando el avance agrícola terminó ganando la partida también en la Dehesa de Villargordo, quedándonos tan sólo hoy el testimonio de su topónimo y los restos pretéritos de una posible choza como evidencias de la actividad ganadera que hubo en la zona.

## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se ha realizado en el marco de la Ayuda FJC2018-037126-I financiada por MCIN/AEI/10.13039/501100011033. Asimismo, su redacción ha tenido lugar durante el desarrollo de una estancia de investigación en el Departamento de Historia de la Universidade de Évora (Portugal). Queremos dar igualmente las gracias a los editores y revisores que, con sus comentarios constructivos, han contribuido a la mejora de este trabajo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL, J. M. (1999): *Fidel Fita (1835-1918). Su legado documental en la Real Academia de la Historia*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALBA, M.; GUTIÉRREZ LLORET, S. (2008): «Las producciones de transición al Mundo Islámico: el problema de la cerámica paleoandalusí (siglos VIII y IX)», en D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 585-613.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (2005): «La Vía de la Plata en la Prehistoria», *Anas*, 18, 29-43.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (2008): «Los caminos occidentales de la Península Ibérica antes de la Vía de la Plata», en M. Pedraza (coord.), *La Vía de la Plata. Una calzada y mil caminos*, Ministerio de Cultura, Madrid, 32-40.
- AMORES, F.; GARCÍA VARGAS, E.; GARRIDO, P.; HUNT, M.; VÁZQUEZ PAZ, J.; RODRÍGUEZ MELLADO, J. (2014): «Los paisajes históricos del valle del Guadimar (Sevilla): La minería y la metalurgia en el extremo oriental del Cinturón Ibérico de Pirita», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 24, 203-237. URI: <https://hdl.handle.net/11441/72801>
- ARIÑO, E.; GURT, J. M. (1992): «Catastros romanos en el entorno de Augusta Emerita. Fuentes literarias y documentación arqueológica», *Studia Historica. Historia Antigua*, 10-11, 45-66.
- ARIÑO, E.; GURT, J. M.; PALET, J. M. (2004): *El pasado presente. Arqueología de los paisajes en la Hispania romana*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- BARRIENTOS, G. (1990): *Geografía de Extremadura*, Universitas Editorial, Badajoz.
- BERNAL, Á. (1998): *Poblamiento, transformación y organización social del espacio extremeño [siglos XIII al XV]*, Editora Regional de Extremadura, Mérida.
- BERNAL, Á. (2012-2013): «La ordenación del terrazgo en el término de Mérida a finales del Medievo», *Norba*, 25-26, 193-206.
- BERNI, P.; GARCÍA VARGAS, E. (2016): «Dressel 20 (Valle del Guadalquivir)», *Amphorae ex Hispania. Paisajes de producción y de consumo*. En: <http://amphorae.icac.cat/amphora/dressel-20-guadalquivir-valley> (consultada a 20/11/2021).
- BÜNTGEN, U.; MYGLAN, V. S.; LJUNGQVIST, F. C.; MCCORMICK, M.; DI COSMO, N.; SIGL, M.; JUNGCLAUS, J.; WAGNER, S.; KRUSIC, P. J.; ESPER, J.; KAPLAN, J. O.; DE VAAN, M. A. C.; LUTERBACHER, J.; WACKER, L.; TEGEL, W.; KIRDYANOV, A. V. (2016): «Cooling and societal change during the Late Antique Little Ice Age from 536 to around 660 AD», *Nature Geoscience*, 9, 231-236. DOI: <https://doi.org/10.1038/ngeo2652>
- BUSTAMANTE, M. (2011): *La cerámica romana en Augusta Emerita en la época altoimperial. Entre el consumo y la exportación*, Instituto de Arqueología-Mérida, Mérida.
- BUSTAMANTE, M. (2013-2014): «La terra sigillata gálica e hispánica. Evidencias de algo más que una relación comercial», *Romula*, 12-13, 561-581. URI: <http://hdl.handle.net/10433/2714>
- CAE (2020): *Carta Arqueológica de Extremadura*, Consejería de Cultura, Turismo y Deportes - Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Patrimonio Cultural de la Junta de Extremadura. Consultada en enero de 2020.

- CASCALES, J. (1898): *Importancia de la Arqueología en los estudios históricos, confirmada por la historia de Villafranca de los Barros*, Tesis doctoral, Universidad Central de Madrid, Archivo Histórico Nacional, Universidades. 6434, Exp. 11.
- CASCALES, J. (1904): *Apuntes para la Historia de Villafranca de los Barros (Badajoz)*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- CASTILLA, A. V. (2016): *Estudio histórico-lingüístico de los nombres de lugar de la comarca del Andévalo (Huelva)*, Tesis doctoral, Universidad de Sevilla.  
URI: <http://hdl.handle.net/11441/34807>
- CHAPMAN, R. (2008): «Producing inequalities: regional sequences in Later Prehistoric Southern Spain», *Journal of World Prehistory*, 21, 195-260.  
DOI: <https://doi.org/10.1007/s10963-008-9014-y>
- CILAE: *Corpus Inscriptionum Latinarum Augusta Emeritae. Inscriptiones Hispaniae Latinae (CILII2)*, Universidad de Alcalá de Henares. En:  
<http://www3.uah.es/cil2digital/ficha/410/2062-inscripciones-sepulcrales> (Consultada a 25/11/2021).
- CONOLLY, J.; LAKE, M. (2009): *Sistemas de Información Geográfica aplicados a la arqueología*, Bellaterra, Barcelona.
- CORDERO, T. (2013): *El territorio emeritense durante la Antigüedad Tardía (siglos IV-VIII). Génesis y evolución del mundo rural lusitano*, CSIC, Mérida.
- CORDERO, T. (2019): «Mérida y su territorio entre el Imperio Romano y la conquista islámica», en J. C. López Díaz; J. Jiménez Ávila y F. Palma García (eds.), *Historia de Mérida. De los antecedentes de Augusta Emerita al fin de Medievo* (= Tomo 1), Consorcio de la Ciudad Monumental Histórico-Artística y Arqueológica de Mérida, Mérida, 447-488.
- DE OROZCO, P.; DE LA PARRA, J. (1978 [1488]): *[Primera] Historia de la Orden de Santiago: manuscrito del siglo XV, de la Real Academia de la Historia*, Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz.
- DUNNELL, R. C.; DANCEY, W. S. (1983): «The Siteless Survey: A Regional Scale Data Collection Strategy», en M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 6, Academic Press, New York, 267-287.
- DUQUE, D. (2004): *La gestión del paisaje vegetal en la Prehistoria Reciente y Protohistoria en la Cuenca Media del Guadiana a partir de la Antracología*, Tesis doctoral, Universidad de Extremadura.
- ESCACENA, J. L. (2018): «Ad petendam pluuiam. El petroglifo de Los Aulagares como respuesta religiosa al evento climático 4.2 ka cal. BP», *Ilu*, 23, 81-110.  
DOI: <https://doi.org/10.5209/ILUR.61022>
- FITA, F. (1896a): «Noticias», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 28, 429-432.
- FITA, F. (1896b): «Noticias», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 28, 533-540.
- FITA, F. (1896c): «Epigrafía romana y visigótica», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 29, 255-266.
- FREY, A. V. (2017): «¿Qué puede aportar el clima a la historia? El ejemplo del periodo cálido medieval en el Magreb almorávide y almohade», *El Futuro del Pasado*, 8, 221-266. DOI: <http://dx.doi.org/10.14516/fdp.2017.008.001.008>

- GARCÍA, R.; MATEOS, A. B. (2010a): «El clima de Extremadura», en S. Schnabel, F. J. Lavado, A. Gómez y García, R. (eds.), *Aportaciones a la geografía física de Extremadura con especial referencia a las dehesas*, Fundicotex, Cáceres, 25-52.
- GARCÍA, R.; MATEOS, A. B. (2010b): «El recurso agua y su aprovechamiento en la Comunidad de Extremadura», en S. Schnabel, F.J. Lavado, A. Gómez y García, R. (eds.), *Aportaciones a la geografía física de Extremadura con especial referencia a las dehesas*, Fundicotex, Cáceres, 87-124.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1997): *El noble estudioso de Almendralejo. Autógrafos del Marqués de Monsalud en el Archivo del P. Fidel Fita S. J.*, Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz.
- GARCÍA RIVERO, D. (2013): *Arqueología y evolución. A la búsqueda de filogenias culturales*, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla.
- GARCÍA RIVERO, D.; ESCACENA, J. L. (2015): «Del Calcolítico al Bronce Antiguo en el Guadalquivir Inferior. El Cerro de San Juan (Coria del Río, Sevilla) y el “modelo de reemplazo”», *Zephyrus*, 76, 15-38. DOI: <https://doi.org/10.14201/zephyrus2015761538>
- GARRIDO, P. (2011): *La ocupación romana del valle del Guadiamar y la conexión minera*, Tesis doctoral, Universidad de Sevilla. URI: <http://hdl.handle.net/11441/15988>
- GARRIDO, P.; RODRÍGUEZ MELLADO, J.; VÁZQUEZ PAZ, J. (2017): «Las prospecciones pedestres intensivas en el Parque Olivar del Zaudín (Tomares, Sevilla)», en J. Vázquez Paz y P. Garrido (eds.), *El Tesoro del Zaudín: contextualización arqueológica del conjunto numismático tardoantiguo de Tomares (Sevilla)*, Junta de Andalucía, Sevilla, 203-236.
- GORDÓN, M. D.; RUHSTALLER, S. (1991): *Estudio léxico-semántico de los nombres de lugar onubenses. Toponimia y Arqueología*, Alfar, Sevilla.
- GORGES, J.-G. (1982): «Centuriation et organisation du territoire: Notes préliminaires sur l'exemple de Mérida», en P.A. Fevrier y P. Leveau (eds.), *Villes et Campagnes dans l'Empire Romaine*, U. E. R. du Histoire, Aix-en-Provence, 101-110.
- GORGES, J.-G. (1986): «Prospections archéologiques autour d'Emerita Augusta. Soixante-dix sites ruraux en quête de signification», *Revue des Études Anciennes*, 88(1-4), 215-236.
- HARPER, K. (2019): *El fatal destino de Roma. Cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio*, Crítica, Barcelona.
- HAYES, J. W. (1972): *Late Roman Pottery*, The British School at Rome, London.
- HERAS, F. J.; MAYORAL, V.; SEVILLANO, L.; SALAS, E. (2014): «El territorio de Medellín en época republicana. Análisis espacial y unas preliminares deducciones históricas», en E. Salas (coord.), R. Mataloto, V. Mayoral y C. Roque (eds.), *La gestación de los paisajes rurales entre la Protohistoria y el periodo romano. Formas de asentamiento y procesos de implantación*, CSIC, Mérida, 171-190.
- HINZ, M.; SCHIRRMACHER, J.; KNEISEL, J.; RINNE, C.; WEINELT, M. (2019): «The Chalcolithic-Bronze Age transition in southern Iberia under the influence of the 4.2 ka BP event? A correlation of climatological and demographic proxies», *Journal of Neolithic Archaeology*, 21, 1-26. DOI: <http://dx.doi.org/10.12766/jna.2019.1>

- HURTADO, V.; GARCÍA SANJUÁN, L. (1994): «La necrópolis de Guadajira (Badajoz) y la transición a la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana», *Spal*, 3, 94-144. DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/spal.1994.i3.05>
- HURTADO, V.; MONDÉJAR, D. (2009): «Prospecciones en Tierra de Barros (Badajoz). Los asentamientos del III milenio a. n. e.», en R. Cruz-Auñón, R. y E. Ferrer (coords.), *Estudios de Prehistoria y Arqueología en homenaje a Pilar Acosta Martínez*, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla, 187-206. URI: <https://hdl.handle.net/11532/327997>
- LEVEAU, P.; SILLIÈRES, P.; VALLAT, J.-P. (1993): *Campagnes de la Méditerranée romaine: Occident*, Hachette, Paris.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A.; LÓPEZ GARCÍA, P.; LÓPEZ MERINO, L.; CERRILLO, E.; GONZÁLEZ, A.; PRADA, A. (2007): «Origen prehistórico de la dehesa en Extremadura: una perspectiva paleoambiental», *Revista de Estudios Extremeños*, 63(1), 493-510. URI: <http://hdl.handle.net/10261/8609>
- MACIAS, J. M. (1999): *La ceràmica comuna tardoantiga a Tàrraco. Anàlisi tipològica i històrica (segles V-VII)*, Museu Nacional Arqueològic de Tarragona, Tarragona.
- MANGAS, J.; ÁLVAREZ, A.; BENÍTEZ, R. (2013-2014): «Casa/casae en el occidente romano», *Hispania Antiqua*, 37-38, 271-298.
- MAYORAL, V.; BUSTAMANTE, M.; MARTÍNEZ, J. A.; LICERAS, R.; MOTA, M.; PIZZO, A.; SALAS, E.; SEVILLANO, L.; DE SOTO, P. (2013): «Los paisajes agrarios de la romanización en el Suroeste peninsular: balance de los últimos trabajos desarrollados desde el Instituto de Arqueología», *VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular (Villafranca de los Barros, Badajoz, 04-06 de octubre de 2012)*, Ayuntamiento de Villafranca de los Barros, Villafranca de los Barros, 1389-1423. URI: <http://hdl.handle.net/10261/138499>
- MAYORAL, V.; CERRILLO, E.; CELESTINO, S. (2009): «Métodos de prospección arqueológica intensiva en el marco de un proyecto regional: el caso de la comarca de La Serena (Badajoz)», *Trabajos de Prehistoria*, 66(1), 7-25. DOI: <https://doi.org/10.3989/tp.2009.09010>
- MÉLIDA, J. R. (1925-1926): *Catálogo Monumental y Artístico de la provincia de Badajoz*, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Madrid.
- MONSALUD, M. de (1905): «Lápidas extremeñas de la Edad Romana y Visigótica», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 46, 495-499.
- MONSALUD, M. de (1908): «Epigrafía romana y visigótica de Extremadura y Andalucía», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 53, 36-38.
- MONTALVO, A.; CERRILLO, E. (2008): «El tramo extremeño de la vía XXIII», en M. Pedraza (coord.), *La Vía de la Plata. Una calzada y mil caminos*, Ministerio de Cultura, Madrid, 116-121.
- MUÑOZ, P.; MARTÍNEZ, E.; GARZÓN, G. (2014): «Patrimonio geológico de Extremadura y conservación del paisaje», *Geogaceta*, 55, 47-50. URI: <http://hdl.handle.net/10272/8798>
- ORIA, M.; GARCÍA VARGAS, E. (2007): «La campiña de Marchena en época romana», en E. Ferrer (coord.), *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla, 143-188.

- ORTIZ, P. (2007): «Breve crónica sobre traficantes y falsarios en la arqueología extremeña», *Norba*, 20, 109-127. URI: <http://hdl.handle.net/10662/9226>
- PANDO, M. T. (2016): *Las manifestaciones sociales proporcionadas por soporte y texto en las estelas y placas funerarias de Augusta Emerita en época altoimperial*, Vol. 2, Tesis doctoral, Universidad de Cantabria. URI: <http://hdl.handle.net/10902/9689>
- PAVÓN, I. (2020): «Los Santos de Maimona y su entorno entre la Prehistoria Reciente y los romanos: los paisajes rurales», en J. Soro (coord.), *Los Santos de Maimona en la historia XI y otros estudios de la Orden de Santiago*, Asociación Histórico-Cultural Maimona, Badajoz, 149-214.
- PAVÓN, I.; DUQUE, D. M. (2014): «40 años de Bronce del Suroeste: aportaciones desde su periferia extremeña», *Revista de Estudios Extremeños*, 70(1), 35-66.
- PECO, A. (2012): «El agua, pasado y presente», *V Encuentros de Estudios Comarcales*. Vegas Altas, La Serena y La Siberia, SISEVA, Badajoz, 399-421.
- PÉREZ-AGUILAR, L. G. (2018): *Termodinámica y poblamiento humano en el Bajo Guadalquivir durante la Antigüedad Tardía (siglos III-VI d. C.). Un enfoque darwiniano*, Tesis doctoral, Universidad de Sevilla. URI: <https://hdl.handle.net/11441/79400>
- PÉREZ-AGUILAR, L. G. (2021a): *La Arqueología como Biología. Una introducción teórica a la Arqueología Darwiniana*, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla.
- PÉREZ-AGUILAR, L. G. (2021b): «La realización de mapas de densidad para la investigación del poblamiento antiguo. El entorno del Bajo Guadalquivir (SO de España) entre los siglos II y IV d. C. como caso de análisis», en M. Prevosti y J. Guitart (ed.), *Proceedings of the 1st TIR-FOR Symposium. From territory studies to digital cartography*. Institut d'Estudis Catalans e Institut Català d'Arqueologia Clàssica, Barcelona, 143-157.  
URI: <http://hdl.handle.net/10261/259977>
- PÉREZ-AGUILAR, L. G.; CABALLERO-MÁRQUEZ, P.; GORDILLO-SALGUERO, D.; NIETO-DOMÍNGUEZ, V. (2022): «Cambios climáticos, crisis de subsistencia y poblamiento humano en el SW hispano entre la Prehistoria Reciente y la Edad Media: las comarcas del Bajo Guadalquivir (Andalucía) y Tierra de Barros (Extremadura)», en J. J. Martínez García y P. D. Conesa Navarro (eds.), *Crisis y muerte en la Antigüedad. Reflexiones desde la historia y la arqueología*. Archaeopress, Oxford, 39-58.
- POCIÑA, A. (1988): «“Vasa plautina”. Tipología y utilización de recipientes griegos y romanos en las comedias de Plauto», *Cuadernos de Filología Clásica*, 21, 247-260.
- PONSICH, M. (1974): *Implantation rurale Antique sur le Bas-Guadalquivir*, Vol. 1, Casa de Velázquez, Madrid.
- RODRÍGUEZ, A. (1982): «El asentamiento romano en el Término Municipal de Villafranca de los Barros (Badajoz). *Perceiana*: “villa” y “mansio” en la ruta Ayamonte-Mérida (*Iter ab ostio fluminis anae emeritam*)», en J. Cascales, *Romanización y otros apuntes*, Instituto Meléndez Valdés, Villafranca de los Barros, 129-169.
- RODRÍGUEZ, A. (1986): *Arqueología de Tierra de Barros*, Editora Regional de Extremadura, Badajoz.

- ROPER, D. C. (1976): «Lateral displacement of artifacts due to plowing», *American Antiquity*, 41(3), 372-375. DOI: <https://doi.org/10.2307/279527>
- SÁNCHEZ, L. M. (2014): «Análisis de los indicios de vida paleolítica en el sur de Tierra de Barros: protohistoria de una investigación», *Revista de Estudios Extremeños*, 70(2), 745-764.
- SÁNCHEZ, L. M. (2015a): «Evidencias paleolíticas en el área de Villafranca de los Barros, Badajoz», en N. Medina (coord.), *Actas del VII Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*, Ayuntamiento de Aroche, Aroche, 231-239.
- SÁNCHEZ, L. M. (2015b): «Villargordo: aportaciones a la historiografía del lugar a través de los restos depositados en el MUVI», *Revista de Estudios Extremeños*, 71(2), 795-826.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, J. J. (2016): «De Moncovil a Villafranca: evolución del centro urbano de Villafranca de los Barros (Badajoz) entre los siglos XIX y XVI», *Revista de Estudios Extremeños*, 72(2), 1155-1186.
- SARMIENTO, J. (2015): «Libro de acuerdos de la Junta Suprema de Gobierno de esta Capital y su provincia de Extremadura: 1808-1809», *Revista de Estudios Extremeños*, 71(2), 1137-1190.
- SCHIRRMACHER, J.; WEINELT, M.; BLANZ, T.; ANDERSEN, N.; SALGUEIRO, E.; SCHNEIDER, R.R. (2019): «Multi-decadal atmospheric and marine climate variability in southern Iberia during the mid-to late-Holocene», *Climate of the Past*, 15, 617-634. DOI: <https://doi.org/10.5194/cp-15-617-2019>
- SERRANO, E. (2005): «Cerámicas africanas», en M. Roca e I. Fernández (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Universidad de Málaga, Málaga, 225-303.
- SILLIÈRES, P. (1982): «Centuriation et voie romaine au sud de Mérida: Contribution à la délimitation de la Bétique et de la Lusitanie», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 18, 437-448.
- SUÁREZ, M. P. (1999): *Toponimia de la comarca de Tierra de Barros*, 2 vols., Diputación de Badajoz, Badajoz.
- VAQUEIRA, L. (2015): *O sítio de Torre Velha 3 entre a Antigüedade Tardia e Alta Idade Média: contextos materiais do «Ambiente II»*, Tese de Mestrado, Universidade de Coimbra. URI: <http://hdl.handle.net/10316/29893>
- VAZ PINTO, I. (2003): *A cerâmica comum das villae romanas de São Cucufate (Beja)*, Universidade Lusíada Editora, Lisboa.
- VILLALOBOS, M. (2010): «El Terciario de Tierra de Barros», en P. Muñoz y E. Martínez (coords.), *Patrimonio geológico de Extremadura: geodiversidad y lugares de interés geológico*, Junta de Extremadura, Badajoz, 187-195.

